

# Pan de mia

**Libertad  
confinada:**  
Relatos de la  
pandemia

Jaime Alberto Leal Afanador  
*Rector*

Constanza Abadía García  
*Vicerrectora académica y de investigación*

Martha Viviana Vargas Galindo  
*Decana Escuela de Ciencias Sociales,  
Artes y Humanidades*

ISBN: 978-958-651-787-4

e-ISBN: 978-958-651-789-8

Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades - ECSAH

©Editorial

Sello Editorial UNAD

Universidad Nacional Abierta y a Distancia

Calle 14 sur No. 14-23 Bogotá, D.C.

**Dirección editorial**

Mabel Lilian Ríos Plazas,

Viviana Aguillón García

**Diseño editorial y diagramación:**

Raúl Alejandro Martínez

Impresión: Ediciones Vestigio SAS

Enero 2021

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons - Atribución – No  
comercial – Sin Derivar 4.0 internacional.

[https://co.creativecommons.org/?page\\_id=13](https://co.creativecommons.org/?page_id=13).





# Contenido

	<i>Página</i>
Agradecimientos	9
<b>Textos de los jurados</b>	
Los tiempos convulsos purifican la vida <i>Oscar Emilio Alfonso Talero</i>	11
El confinamiento como espacio creativo <i>Viviana Aguillón García</i>	15
<b>Prólogo</b>	
Historias e imágenes que buscan el sentido de lo incierto <i>Jorge Humberto Ruíz Patiño</i>	17
<b>Capítulo I. Tiempo</b>	
Inexorable testigo Marta Viviana Vargas Galindo	23
Cuando alguien se va... estando en cuarentena/ <i>Carolina Herrera Delgado</i>	25
Esquirlas/ Cristian Fabian Ramírez Buenaventura	26
Encierro/ Harold Enrique Parra Sierra	27
...Que no queden pendientes.../ Juan Guillermo Silva Rodríguez	28
Cuando murieron los abrazos/Luis Alberto Vidales Holguín	29
Del amor a la pandemia/ Luis Ángel Quinche Rodríguez	31
Jaulas familiares/ Mayra Fernanda Molano Herrera	32
Oscuro noche/Néstor Leonel Gálvez Arce	33
Mar pacífico/ Oscar David Bolívar Silva	34
A mi manera/ Rafael Eduardo Herrera Serrano	36
Síntomas de cuarentena/ Nathalie Daviana Morán González	39
Diario de cuarentena/ Natalia Calao	51
<b>Capítulo II. Espacio</b>	
Reposo Relativo <i>Mabel Lilian Ríos Plazas</i>	61
Microrrelato. Insane 19./ Andrés Alejandro Guerrero Santos	63

Por favor, silenciar sus micrófonos/ <i>Brigitte Carolina Rojas Rodríguez</i>	63
Cincuenta y un días/ <i>Diana Marcela Másmela Useche</i>	65
Un animal extraño/ <i>Fanny Pinzón Candelario</i>	66
El cuento del sancocho/ <i>Jesús Alberto Ramírez Calderón</i>	67
Trabajo sí hay/ <i>Juan Carlos González González</i>	69
Un amor sabor a whiskas/ <i>Juan Gerard Calderón García</i>	69
No exagero/ <i>Lina María León Guerrero</i>	70
Panes y pandemia/ <i>Luz Amanda Montes Malagón</i>	72
Día 100/ <i>Mary Luz Guerrero Bonilla</i>	73
Soledad, ¿Estás ahí?/ <i>Roberth Alexander Romero Moreno</i>	74
Confinamientos / <i>Victos Manuel Peñafiel Chávez</i>	76
Solo ella/ <i>Weimar Danilo Leguizamón Alarcón</i>	77
La visita/ <i>Wilson Rivera Paniagua</i>	79
El paso al más allá/ <i>Yeni Paola Chavarro Valenzuela</i>	80
Encierro entre encierros/ <i>Gabriela Vega</i>	83
El encierro de los niños/ <i>Ismael Chamorro Capdevila</i>	89
El diario de una enfermera/ <i>Marcela Grace Cipamocha Cifuentes</i>	95
2x2/ <i>Rubén Darío Ávila</i>	100

### Capítulo III. Memoria

Fotografía y memoria <i>Pablo Felipe García</i>	111
Milagros en la pandemia/ <i>Alicia Elizabeth Paredes Gavilanes</i>	113
¿Volveremos a ser los mismos seres humanos?/ <i>Clemencia del Socorro Álava Viteri</i>	114
Cuentos de horror, de amor, de ficción y otros más en un mundo pandémico y distópico/ <i>Edwin Manuel Páez Barón</i>	115
Tres palabras/ <i>Elizabeth Salamanca Rodríguez</i>	117
Cueva de oro/ <i>Huber Alexander Córdoba Moreno</i>	118
Desesperanza/ <i>Johan Stefan Marulanda Bernal</i>	120
Una historia diferente/ <i>Juan Alfonso Gaviria Quintero</i>	121
¿Pasará?/ <i>Karen Tatiana Hortua Hortua</i>	122
¡Maldita pandemia!/ <i>Lina Marcela Gómez Posso</i>	124
Contagiado/ <i>Lisseth Ibáñez Navarro</i>	125
Resistir es la ley del hombre / <i>Luis Gabriel Puerta Martínez</i>	126
Antes de que se cerrara la puerta/ <i>Maxinne María Carmona Marín</i>	128

Licencia para despertar/ <i>Nubia Cecilia Prestán Pérez</i>	129
Abismo hacia tu amor/ <i>Sebastián Barrera Lobo</i>	130
Y de pronto todo cambió/ <i>Yuri Yoana Luna Muñoz</i>	131
La ausencia traspasa cualquier tapabocas/ <i>Vhendi Peña</i>	133
Sin título/ <i>Valentina García</i>	138





# Agradecimientos

Si bien la agenda de trabajo de la Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades ECSAH de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD jamás consideró una pandemia, su intempestiva y muy decidida llegada azuzó nuestra curiosidad ¿sería posible que esta situación nos obligase a retornar sobre las preguntas en torno al origen, la esencia y el sentido de la existencia? ¿Qué sería de nuestro futuro como especie, sin el barullo de esa cotidianidad atorada en placebos inmediatos y de corta duración que nos habían ayudado a vivir a pesar de nosotros mismos?

Por primera vez en la historia de nuestra generación, todos, como especie y de manera simultánea estábamos forzados a pensar en la finitud de nuestra humanidad en condiciones absolutamente atípicas: Seríamos obligados a aislarnos de otros, silenciados por un tapabocas, confinados no solo dentro de nuestras casas sino también dentro de nosotros mismos, reeducados en la austeridad y confortados por una única ventana hacia el mundo: las pantallas de nuestros computadores, celulares y televisores. ¿Acaso estos ingenios tendrían la fuerza suficiente para ayudarnos a escapar de nosotros mismos? ¿Encontraríamos en esas pantallas una ruta de retorno hacia la ligereza? ¿qué pasaba con quienes no tenían acceso a ellas? ¿Cómo estaban sobrellevando esta nueva forma de ascetismo?

A falta de un descodificador que nos permitiera comprender este estar, que los expertos de lo cotidiano denominaron nueva realidad, recurrimos al lenguaje artístico; dos convocatorias tuvieron lugar entonces; Cuarenta cuentos de cuarentena y Memorias de la pandemia, iniciativas que nos demostraron cuán ávida se encontraba nuestra comunidad académica por expresar lo que internamente la vivencia de la realidad en torno a la pandemia, estaba representando para su vida psíquica, emocional y moral.

El producto fotográfico y literario que presentamos a continuación es el fruto del esfuerzo conjunto de un equipo interdisciplinario de docentes adscritos a la ECSAH, que trabajó sin descanso para reconstruir una bitácora interior de la pandemia. Este equipo desea expresar su especial agradecimiento a todos los participantes de las convocatorias de cuento y fotografía entre quienes encontramos administrativos, docentes, egresados y estudiantes de la UNAD, a los jurados externos a la universidad -expertos escritores- Oscar Emilio Alfonso Talero, Mónica Lucía Suarez Beltrán y Edinson Enrique Ramírez Ardila, encargados de seleccionar los mejores cuarenta cuentos para esta publicación.

Queremos expresar también nuestro especial reconocimiento a los colegas que nos ayudaron a cristalizar esta iniciativa; los docentes de la Unidad Socio Humanística de la Escuela que realizaron las

correcciones de estilo a los relatos seleccionados y se encargaron de dinamizar la convocatoria del concurso; los docentes del programa de Artes Visuales quienes orientaron la producción fotográfica y de diseño, bajo la supervisión del el Mg. Raúl Alejandro Martínez (líder de programa); fueron ellos quienes hicieron de esta publicación una realidad. Especialmente, reconocemos el compromiso de nuestra decana, Dra. Martha Viviana Vargas Galindo quien siempre creyó en la magia y fuerza de este proyecto y dispuso todos los recursos a su alcance para su ejecución.

A ti, querido lector, nuestro más sincero agradecimiento por navegar con nosotros los océanos de la experiencia interna en el buque de la pandemia.

Mabel Lilian Ríos Plazas

*Mg en filosofía latinoamericana  
Docente de la maestría en desarrollo alternativo,  
sostenible y solidario UNAD*

# Los tiempos convulsos purifican la vida de quien se quiera purificar

*Óscar Emilio Alfonso Talero.*

*Escritor y docente.*

*Doctor en Educación.*

*Catarsis.* La primera vez que escuché la palabra estaba en una de las clases de teatro griego, por allá a finales de los noventa, que recibía como obligación por estar estudiando la licenciatura en filosofía y letras, que luego me adjudicó el título de licenciado. Sígame licenciado. Pase usted. Después de usted. Creo que para esa clase ya le había hallado sentido a lo que estudiaba. Si no me equivoco, fue entre el cuarto y el quinto semestre, no me encuentro de ánimo para ir a buscar entre mis archivos el consolidado de asignaturas que tomé para completar un pensum académico que significaba la mitad del proceso educativo (la otra mitad la obtuve con la monografía que hice sobre el pensamiento matemático de Descartes y su sentido como fuente teórica de sus principios filosóficos). Es decir, antes de entender las clases de literatura, todo había sido una tragedia, un sufrimiento, una lucha por aprender cosas que en otro momento no me interesaron y que, por lo tanto, no hacían parte de mis convicciones, sino que las llevaba a cabo como respuesta de un cumplimiento que se debe alcanzar. Ya cuando apareció el teatro, la poesía y la narrativa, me desbordé en una pasión por lo que estudiaba (más las letras que la filosofía). Y entonces esa palabrita griega encontró sentido en mi vida: gracias a la literatura pude hacer catarsis en un proceso académico que no entendía muy bien. Según lo aclaró la profesora, toda una dama ella (en sus ojos se veía la perversión propia de una fémica, en su cuerpo el talante místico que las abriga y en sus palabras la convicción propia de la inteligencia), para los antiguos griegos, la catarsis implicaba un ejercicio de purificación de las pasiones del ánimo, mediante las emociones que provoca la contemplación de una situación trágica. Así, frente a mi vida, frente a la tragedia que ella significaba, viví una catarsis. Así

empezó la cosa. Ya luego leer se convirtió en una manera de poder contemplar el mundo que me definía y que me define, de entender la vida y reconstruirla para poder seguir adelante. Todo porque con la lectura entré en una catarsis que me hacía falta, desde donde me pude empezar a redefinir y a reinventar. Así, avanzar en el contacto del mundo literario a la luz de las teorías expuestas por los docentes (como lector y como escritor), me sirvió para darle otro rumbo a mis emociones y su sentido en mi vida. Esa misma tragedia que distinguí en ese momento, es la misma a la cual hoy me enfrento en estos tiempos convulsos que ya no sé cómo llamar: sindemia, pandemia, epidemia.

Este mundo condenado por la perversidad humana, ahora enfrentado al reto de la naturaleza, está recibiendo un llamado de atención para que nos detengamos un poco y desaceleremos el ritmo con el cual vamos avanzando hacia el placer de la posesión, de la lujuria, de la vida perversa. Claro, esa forma de vivir también son una forma de catarsis. Cada cual encuentra como liberarse. Lo que sucede con el virus que, según dicen, vino para quedarse, es una muestra de que la condición humana debe estar preparada para enfrentarse a cualquier tragedia, a ese atisbo de desgracia que nos va marcando. Entonces, lo que más necesito en este momento, es vivir catarsis: purificar mis emociones a la luz de la tragedia propia que es la vida, en medio de este fenómeno contra natura. Y qué mejor que alimentar el proceso, enriquecer el camino, a la luz de la lectura y la escritura de textos literarios. La literatura como el alimento necesario para poder entrar en el mundo de la catarsis. Y ahí encuentro un apoyo para sostenerme, para purificar, detenerme y seguir hacia adelante.

Suponemos que el virus al cual nos enfrentamos nos afecta a todos por igual. No es así. Como se dice, no se si coloquialmente o jocosamente, cada uno lleva por dentro su viacrucis. Así que cada uno está viviendo su tragedia. Porque no se trata solo del fenómeno, sino de la vida que cada uno va teniendo: temor, angustia, miedo, pérdidas, nostalgia, desesperanza y todo ese sin fin de emociones a las cuales se debe enfrentar cada uno en este recorrer el siglo XXI, el siglo de los cambios en la forma de ver y vivir la vida. Entonces, qué mejor que irse purificando en medio de este camino. Para ello, la literatura nos ofrece un sinfín de ópticas adecuadas, posibles y esperanzadoras. Algunos se han atrevido a decir que luego de este periplo de sufrimiento vamos a volver diferentes, a ser otra clase de hombres. Eso es falso. Seremos los mismo, quizá un poco más maldadosos que antes. Lo único diferente será que habremos luchado por vivir nuestra propia catarsis en medio de esa tormenta que nos envuelve.

Así, para estos días convulsos en los cuales vivimos, la literatura se nos ofrece como una posibilidad para purificarnos. Este es el tiempo de la catarsis. Es la hora de dejar que lo que pesa se vaya, que le entreguemos todo al tiempo y que reiniciemos la vida de cada uno. Contemplar nuestra tragedia, propia de la condición humana, para renacer. No seremos diferentes, pero podemos vivir de otra manera. En estos tiempos la literatura se nos ofrece como la posibilidad de reconocer la importancia de morir a tiempo. Como lo dice Mario Mendoza, Hay que dejarse morir tranquilamente, es la única forma de renacer, de resucitar convertido en otro (...) Hay que morir y punto, hay que abandonarse, hay que hacerse a un lado, no evocarse, no sentir nostalgia, no ponerse a resucitar un cadáver que ya está putrefacto e inmundado. Es el tiempo de aprovechar las convulsiones para purificar la vida cual. Itero, no vamos a salir diferentes, pero sí purificados, gracias a la tragedia propia de la vida, la misma tragedia que nos invita a contemplar la literatura.



# El confinamiento como espacio creativo

*Viviana Aguilón García*

*Docente del Programa de Artes Visuales – UNAD*

La pandemia producida por el covid 19 nos ha llevado a una situación de aislamiento que en muchos casos deriva a estados de introspección y soledad, escenarios frecuentemente vinculados con procesos de producción artística y creativa.

Susan Cain en su conferencia “El poder de los introvertidos en un mundo que no puede parar de hablar” señala que durante siglos hemos podido ver el poder trascendente de la soledad, solo que recientemente hemos empezado a olvidarlo. Al final de esta conferencia la autora realiza algunos llamados a la acción respecto al poder de los introvertidos en un mundo que ve el silencio y la contemplación como un símbolo de improductividad. Uno de estos llamados es: “Vayan al desierto. Sean como Buda. Tengan sus propias revelaciones” creando una metáfora entre la epifanía religiosa y la inspiración creativa que propone una invitación a desconectarnos del espacio exterior y los estímulos que contiene.

La creatividad tiene una profunda relación con la soledad y esto lo vemos reflejado en numerosas entrevistas, documentales y anécdotas que recogen el pensamiento de escritores y artistas quienes prefieren la actividad creativa en el confinamiento. Es el caso de Glenn Gould, compositor y pianista, célebre por sus interpretaciones de las Variaciones Goldberg de J. S. Bach. quien se encerraba en una soledad fructífera que le permitía concentrarse en su producción musical.

Louise Bourgeois, escritora y pintora francesa, recoge a lo largo de su vida una colección de notas y cartas que intercambiaba con algunos de los escritores más relevantes del siglo xx. En ellas logra capturar la esencia de estas soledades fértiles donde se encuentra la materia prima de toda forma de arte. En el libro “Destrucción del padre / reconstrucción del padre” Bourgeois nos presenta una colección

de pensamientos donde confirma esta relación en su trabajo y ofrece una descripción sobre su proceso de producción artística resaltando precisamente la importancia de la soledad.

Por otro lado, artista Agnes Martin una de las grandes figuras de la abstracción americana, vivió y trabajó en Nueva York desde 1940 hasta 1967, año en el que comenzó a alcanzar reconocimiento y en el que decidió también buscar la soledad y el silencio a raíz de un episodio de psicosis. Ella creyó que la soledad era una de las musas máximas de la productividad creativa: “ser artista significa ser un agricultor de la soledad. Las mejores cosas ocurren cuando estas a solas”. Martin comprendió la espiritualidad del gesto, la forma y el proceso de trabajo con los materiales como una experiencia que excede la imagen misma. Su obra nos invita a volver al gesto y al cuerpo en el silencio.

Pensando en esta estrecha relación y motivados por visibilizar las prácticas cotidianas en el confinamiento dada la emergencia sanitaria producida por el Covid 19 en el país, a principios del mes de Abril de 2020 se propone la Convocatoria “Memorias de la Pandemia” una invitación a despojarnos de estímulos externos y confinarnos en una soledad fértil y creativa para asumir el aislamiento como motor de creación artística que nos invita a detenernos y analizar a profundidad el tiempo y el espacio donde nos encontramos.

En las piezas visuales que encontrarán en este libro podrán explorar espacialidades íntimas latentes desde la fragilidad de la incertidumbre en el confinamiento, autorretratos reflejo de sentimientos y pensamientos cotidianos en el encierro y diarios que dan cuenta de la experiencia que representa la incertidumbre que vivimos actualmente desde distintas miradas y sujetos. El resultado de esta convocatoria invita a pensar la manera en que nos relacionamos con el otro, a problematizar el modelo económico en el cual estamos insertos, la manera en que habitamos el mundo y a los modos en que construimos comunidad.



# Historias e imágenes que buscan el sentido de lo incierto

Jorge Humberto Ruiz Patiño

*Docente de la Escuela de Ciencias Sociales,  
Artes y Humanidades*

¿Cómo se experimenta un objeto desconocido, no perceptible y peligroso? Esta es la pregunta abordada por las fotografías e historias contenidas en este libro. Pregunta extraña en la medida que se enuncia una vez se ha producido la experiencia, pues dicho objeto se conoce más por sus efectos que por su pura presencia. El Virus, objeto espectral, se encuentra en cada fotografía como manifestación, como ensamblado de cuerpos y cosas, de emociones y pensamientos. Sabemos de él por lo que hace con nosotros, por la forma como nos obliga a modificar nuestras pautas, nuestro acervo emocional, nuestra manera de conectarnos con el mundo.

El primer efecto del Virus se siente como una pérdida radical de todas nuestras certezas. Todo el acumulado de una vida individual y del conocimiento histórico no bastan para incorporar la situación emergente dentro de nuestros marcos de comprensión: el Virus los excede, los atraviesa, los fractura. Como consecuencia se hurga en el pasado, se buscan rastros de algo semejante comprobando, entonces, la existencia de múltiples pestes: la bubónica, la negra, la española. Todas mortíferas, temidas por lo que el recuerdo trae al presente, pero ninguna como la peste de ahora, menos letal pero capaz de conectar al mundo a través del miedo. Por primera vez en la historia estamos conectados completamente de forma simultánea, la extinción como especie, ese horizonte lejano, se acerca imperiosamente.

Si la reflexión sobre el pasado ya no orienta el devenir, si la pérdida de confianza impide construir horizontes de expectativa, en suma, si no es posible delinear un futuro, el miedo, como primera forma de dar sentido a lo que no tiene sentido, conduce a una especie de repliegue defensivo. La soledad del individuo, la solidaridad familiar, el sosiego que produce la delegación de la existencia en algún dios, la superstición y la creencia ciega en los consejos de

los poderosos son las formas defensivas ante lo desconocido. Mientras la Ciencia reacomoda sus prácticas y mientras los gobernantes calculan el menor costo de una decisión, los repliegues proveen los marcos primarios para la obtención de una seguridad que no es más que una sensación frágil, pero potente ante cualquier incertidumbre.

La vida, ese trasegar del tiempo que se impone sobre la existencia individual, que la penetra y la forma, y que por eso hace imperceptible el modo como nos ensamblamos con los objetos, lo dado y lo que siempre ha sido así, solo permanece en prácticas que resisten la ausencia de sentido. Los rituales de lo cotidiano, suspendidos por el miedo y las formas de repliegue, se cuelan entre las porosidades de políticas de gobierno que, legitimadas en el acervo científico, esperan tener éxito en el corto plazo y se convierten en la primera manifestación de recomposición del sentido. Con las medidas de regulación reaparecen los horizontes y el miedo se entremezcla con una tenue esperanza, así como la suspensión de los rituales se hace soportable mientras los repliegues se romantizan al ser enunciados como un agradable retorno, una pausa, una desaceleración de la vida que reanima la imaginación y revive viejos debates políticos y filosóficos.

Pero no fueron estos debates lo que se impuso, pues al final se desdibujarían entre la inmediatez de los sistemas de salud, la rigidez económica y el cálculo político. El sentido, la comprensión de los efectos del Virus, comienza a recomponerse fuera del miedo con algo menos ostentoso que el debate ideológico y la reflexión filosófica. En la intersección entre las políticas regulatorias, las promesas de la Ciencia y los rituales de lo cotidiano aparecen formas de clasificación que organizan la experiencia humana al transformar el miedo en sospecha, señalamiento y descrédito. Del repliegue al desplazamiento, todas nuestras acciones se orientan por la identificación de algún agente que representa la encarnación de la crisis, fabricación binaria de la situación que dramatiza toda explicación posible.

La sospecha está movilizada por la Ciencia en su lucha contra la creencia vacua, inmediata y conveniente en cualquier sustancia cuya pretensión curativa sea difundida por personajes investidos de credibilidad mediática. Pero la sospecha también se apunta en sentido contrario hacia las empresas científicas, pues se les acusa de mercaderes del cuidado que ocultan información y acortan procesos para obtener réditos inmediatos. Irónicamente las vacunas no cuentan con la credibilidad de políticos y personalidades del entretenimiento.

Al tratar de encauzar la conducta, las políticas de regulación se han concentrado en el control de un solo aspecto de los rituales coti-

dianos: el goce festivo. Cualquier manifestación de la vida que parezca lúdica o festiva es señalada por oponerse a las virtudes republicanas de la disciplina y el deber ciudadano, esta vez identificados con la idea del cuidado. Pero esto no constituye novedad alguna. Desde nuestro pasado colonizado la fiesta ha sido objeto de vigilancia y señalamiento por parte de agentes e instituciones con poder, que ven en ella el opuesto de la civilización y un obstáculo a su realización. Indisciplina, exceso y peligro son las imágenes del goce festivo, ese ritual que hoy como antes desborda con su fuerza vital todos los intentos de contenerlo.

Sin embargo, no todo está prohibido. Se permite el goce reproductivo que en su forma básica de consumo es compatible con la idea de un ciudadano virtuoso y con el cálculo de un bajo costo respecto a la relación economía/cuidado. Así, una nueva clasificación se asoma y amenaza con tensionar las solidaridades que permanecen. No se trata ya de la credibilidad de instituciones y personalidades, sino de la confianza como el vínculo más íntimo que podamos imaginar y que ahora se determina por el tipo de goce que cada uno decida vivir.

Agentes del señalamiento, los gobiernos son observados desde el lugar al que señalan. La asfixia que la regulación imprime a los rituales cotidianos, y con mayor fuerza a lo festivo, obliga a un mayor alejamiento de la población respecto de sus gobernantes, que en medio de la presión gremial y el cálculo político solo logran imaginar nuevos y nuevos ciclos de restricciones. Y ya que los rituales cotidianos son más persistentes que cualquier medida de gobierno, el descrédito se asoma como resultado lógico de un ejercicio de autoridad que ha dejado de ser legítimo por ineficaz. En este punto ya nos hemos dado cuenta de que solo el éxito científico puede restaurar la vida como la conocemos.

Dramatizar nuestra experiencia del Virus mediante la sospecha, el señalamiento y el descrédito ha permitido que la vida se perciba con algún grado de normalidad. El sentido se restituye porque ese objeto invisible que nos amenaza se transmuta en agentes cuya conducta podemos evaluar para fabricar una explicación de lo que sucede. Esto es lo que podemos encontrar en las historias que contiene este libro: formas variadas de fabricar explicaciones, intentos dramáticos de organizar la experiencia, de otorgar sentido a la transformación de los ciclos temporales y de los límites espaciales, de las formas nuevas del trabajo y del ocio. Cada una de ellas, cada historia, es un acto individual que busca firmeza existencial, pero también una reflexión del carácter múltiple de nuestros vínculos colectivos.



Ti  
em  
po  
**Tiempo**





Presentación del capítulo

# Inexorable testigo

*Martha Viviana Vargas Galindo*

*Decana Escuela de Ciencias  
Sociales Artes y Humanidades, ECSAH.*

*El tiempo se bifurca perpetuamente hacia innumerables futuros...*

*El porvenir ya existe, pero yo soy su amigo.*

*J.L. Borges. (1941) El jardín de los senderos que se bifurcan*

La vida es una medida de tiempo, tenemos tiempo, perdemos tiempo, nos damos un tiempo, gastamos el tiempo, medimos el tiempo, ahorramos tiempo, consultamos el estado del tiempo, buscamos el tiempo perdido, y a pesar de que todo tiempo pasado fue mejor, siempre, siempre esperamos tiempos menos hostiles.

Según la Teogonía de Hesíodo, el poder del tiempo estaba más allá del alcance de los mismísimos dioses, su nacimiento se dio en un momento sublime en que lo infinito y lo finito se hicieron uno, cuando el cielo y la tierra brutalmente se separaron, cataclismo que rompió lo lineal para devorarnos como sus hijos bastardos y legítimos.

Solemos transitarle, el tic tac nos permite convencernos de que nos es dado controlarle, y así nos debatimos en el continuo devenir de lo que pudo ser y no fue, lo que es y no nos percatamos, y lo que será, que nos conmueve y atemoriza, pero nos seduce.

Los problemas del hombre no tienen solución sino historia, decía mi maestro Daniel Herrera, y precisamente como parte de una historia quizá irrisoria, sin poder siquiera presentirlo, fuimos lanzados a vivir en un simulacro de cíclica incertidumbre, una maniobra del destino que nacía y moría ante la mirada atónita del mundo entero asistiendo a su propio y construido infierno. Una tarde de jueves, al mejor estilo del efecto mariposa, el extraño virus que empezó de China llegó oficialmente a Macondo con intenciones de quedarse, de arrasarlo lo que se tenía por seguro y de probar lo más profundo de nuestra capacidad de resistencia, de resiliencia, y con el mismo prefijo ya cliché, de reinventarnos. La pandemia, el confinamiento, la soledad acompañada y la compañía en exceso, la conquista del instante, nos

hicieron chefs, yoguis, lectores asiduos; cantamos, aplaudimos, lloramos, pescamos recuerdos, esperanzas, los sabores de la vida estaban ahora en la sorpresa del alba. Lo cotidiano, sin más, se hizo acontecimiento.

La manera en que percibimos el tiempo es, dentro de la condición humana, una de las más subjetivas, narcisistas y por qué no decirlo, ególatras formas del yo; los días siguieron con sus noches, los efectos del contagio traspasaron fronteras, las noticias e incluso la necesidad de apagarlas siguieron creciendo casi a la par con las cifras de muertos e infestados, el estancamiento absurdo, la sospechosa carencia de excepciones<sup>1</sup> que nos aleja del cielo en la Rayuela se hizo extensa, plausible; el trabajo, para los que pudimos conservarlo, siguió su marcha frenética, la monotonía se fue convirtiendo en un lastre que corroe, que rompe.

Lentamente y de una extraña manera, que ya por lo visto no lo es tanto, volvimos a las calles, a construir y reconstruir en el día a día, con nuevos miedos, con el anhelo de que todo volverá a ser como antes; unos partieron, otros seguimos, la cicatriz, empero, deja pasar la luz. Existe una técnica japonesa llamada Kintsugi, que consiste en reparar las piezas rotas de la cerámica con polvo de oro para revalorizar la belleza de las cicatrices, de esta manera y tras tantos meses de fluctuación, sinsentido y perplejidad sabemos que ese polvo de oro son los demás, el virus nos recordó que somos sujetos vinculados, que solo somos en la mirada del otro, en la coincidencia, en la confluencia de las energías, en las vibraciones del amor, víctimas y victimarios, abono y semilla.

Estar confinados dibujó la vida en clave de presente, presente exquisito e incierto, metáfora viviente. Al fin, el virus y sus vericuetos nos enseñaron que nadie es feliz en soledad, esperemos que nada vuelva a ser como antes y que no seamos víctimas de un estornudo en la Antártida.

---

1. Tomado de: Cortázar, J. Rayuela. (2019) RAE.



# Cuando alguien se va...

## Estando en Cuarentena

*Carolina Herrera Delgado*  
*ECSAH, Duitama (Boyacá) – Colombia*

Hace mucho, cuando el mundo era joven y estaba aprendiendo, la gente no moría, solo vivía; con el tiempo eso no fue suficiente. Hizo falta espacio, la seguridad se vio comprometida, la gente peleaba, ya lo conocían casi todo y siendo tan ancianos les costaba trabajo moverse, jugar, les pesaban tantas cosas acumuladas y se sentían muy mal, aburridos, tristes, malhumorados. La gente vivía todo el tiempo pero no lo podía disfrutar.

Los Dioses preocupados se sentaron a deliberar. Dios Sabiduría escuchó, apreciando cada punto de vista y cuando hubo luz dentro de sus ojos, habló: Todos, según JUSTICIA, partirán algún día, pero tendrán un tiempo para culminar su misión como piden EQUIDAD y TIEMPO, sin embargo, para evitar una vida llena de MIEDO, no conocerán su plazo, así vivirán y disfrutarán cada día como si fuera el último. OLVIDO dijo: olvidarán, así no sufrirán. ¡Todos aplaudieron! MEMORIA replicó ¿cómo aprenderán si no recuerdan a los que se fueron y lo que han vivido?, no crecerán, ¡quedaría estático el mundo! Sabiduría volvió a hablar: Cuando alguien parta, tú, querida NEGACIÓN acompaña a sus dolientes, dándoles tiempo de asimilar. Se dirán “no ha pasado nada” Después vendrá IRA. ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? preguntó Ira. Porque esas mismas preguntas se harán ellos, respondió Sabiduría; cuestionarse sobre la vida les permitirá tener fuerza para continuarla sin su ser querido.

Entonces vendrá CULPA... ¿¡Yo!? Se asustó. Si, explicó Sabiduría, para no olvidar a sus seres queridos se preguntarán ¿Por qué no fui yo y si él? ¿Hice algo mal? Estas preguntas les apartarán de la ira y vivirán su DOLOR, reflexionando sobre su propia misión, sobre su vida y sobre la del otro. Le acompañarán LLANTO y TRISTEZA, para aliviar el dolor, comprender y reconstruir la pérdida. Ausente negación, MEMORIA y OLVIDO les ayudarán a vivir sin esa persona, recordándola en lo que compartieron y vivieron.

¿Así ... termina todo? musitó Miedo. No, dijo Sabiduría; tras ese largo recorrido, los ayudaré, entenderán que cada etapa fue necesaria,

que, con AMOR, podrán dar vida a quien no está, recordándolo; entonces aparecerá ACEPTACIÓN. ¿Yo? ¿para qué? indagó Aceptación. Sabiduría aclaró: las personas ya no se preguntarán ¿por qué?, sino ¿para qué? Al responderse continuarán la obra de quien partió y la suya propia.

Sin embargo, aún hará falta la ayuda de dos hermanos, unidos como un solo cuerpo: MUERTE y VIDA. Cada uno nace del otro y es por el otro, así como no podemos reír sin saber llorar, ni sabemos ganar sin saber perder, ni conocemos el amor si no conocemos el odio, ni apreciamos algo si no conocemos lo contrario, como no hay calor si no hay frío, ni hay adiós si no hubo un hola, los hermanos les recordarán que la vida es un soplo, que se puede llenar de color con alegría, paz y felicidad y que cuando uno de ellos esté, traerá siempre a su hermano: NO HAY VIDA SI NO HAY MUERTE<sub>iiii</sub>

## Esquirlas

*Cristian Fabian Ramírez Buenaventura*  
*Estudiante ECSAH, Alemania - Münster*

No se respiraba tanta decepción en el Hogar Santa Clara S.A. desde que el hijo de la señora Dolores Sarmiento la dejó plantada en vísperas de la Navidad. Todos en aquella ocasión tenían algo que ver con la visita excepcional del único hijo de la más antigua de las residentes de la casa. Hasta la señora Mercedes Sabogal consiguió que la dirección del Hogar le autorizara hacer algunos cambios en la decoración de la sala común.

De Diego Lopera Sarmiento -hijo único de la señora Dolores- solamente se tuvieron noticias hasta la mañana del 26 de diciembre. Habló únicamente con la asistente de la doctora Lastarria y mencionó algo acerca de un compromiso de negocios impostergable. Nunca nadie más en el geriátrico volvió a saber de él.

La señora Floralba Méndez solía ser una de las más calladas del pasillo, pero también la más áspera con las enfermeras. La última vez que pudo reunirse con su hijo Octavio, todavía no le empezaban a fallar ni el buen ánimo ni la memoria. Luego vendrían el primer pre-infarto, el ingreso al geriátrico, la extradición de Octavio y últimamente el aislamiento obligatorio a causa del coronavirus. No recibía visitas desde hace cinco semanas. “Unos años de mierda”, decía ella.

Dolores y Ana Fidelia Gallo solían ser vecinas de habitación y eventualmente se reunían para tomar el café de la tarde en el balcón de la veterana artista. En una ocasión Floralba hizo parte de la reunión, aunque sin apenas pronunciar palabra.

Ana Fidelia Gallo era el nombre real de la carismática Ana de la Barca, reconocida cantante, actriz y activista en favor de cualquier causa perdida que le pusieran en el camino, durante más de 40 años. Su nostálgico canto a capella a cualquier hora del día, dejó pronto de ser molestia para los habitantes más coléricos de la residencia; de vez en cuando, algún entusiasta visitante respondía al improvisado recital con un espontáneo aplauso.

Los certificados de defunción de las tres mujeres se sumaron a otros seis que ya había firmado ese mismo día la doctora Lastarria. Solamente Diego Lopera Sarmiento no pudo ser notificado del fallecimiento de su familiar, al encontrarse fuera del país. Su secretaria aseguró que haría "todo lo posible" por contactarlo.

## Encierro

*Harold Enrique Parra Sierra*  
*INVIL – Bogotá - Colombia*

Frente al espejo hay un hombre viejo y cansado. Las ojeras han aumentado, en los párpados se ha acentuado ese color violáceo que siempre ha estado ahí como la única herencia del padre. Lo desconozco: soy yo, pero al mismo tiempo no soy. Ha pasado tiempo desde que inició el encierro a consecuencia de una medida necesaria, sin embargo, arbitraria. Tal vez los pájaros sienten lo mismo en sus jaulas, aunque supongo que el encierro les hace olvidar que pueden volar y allí se resignan a esperar el viaje al valle de los sin regreso.

Grito: "¡Lucía!", pero nadie contesta. El apartamento está vacío, igual que la nevera. La llamo otra vez por esa vieja costumbre que tenía de pedirle que me ayudara a solucionar mis problemas caseros o del trabajo. Solía llamarla tanto que desgasté su nombre, me ayudó tanto que se hartó de mi apego, eso recuerdo, y en un arranque desesperado me golpeó por la espalda, soltó un par de improperios y huyó. Fue pocos días después del inicio del encierro. La he llamado, sin obtener respuesta. Cansado de insistir horas, días, no lo sé, la invento

sentada en el sofá con una taza de café en la mano mirando por la ventana, como cuando las cosas marchaban bien, cuando podíamos hablar de cine y jugar a descifrar el final de las películas, cuando teníamos sexo a media tarde con las persianas abiertas, un poco para provocar a los vecinos, un poco para provocarnos a nosotros mismos.

El apartamento huele mal, no a ese olor a trapo mojado y sucio que ella detestaba. Es un olor a descompuesto, a podredumbre, a ilusiones cansadas. No sé hace cuánto huele así, ni cómo llegué a esto, menos qué día es. Me levanto con la poca fuerza que me queda, tambaleo un poco al caminar. El maldito olor es insoportable, pero no encuentro de dónde proviene. Trato de buscarlo en las habitaciones y en la cocina. Lo siento cerca, me desespera.

Alguien golpea, no quiero abrir y tampoco puedo. Me arrastro hacia el lado opuesto de la puerta y busco esconderme, no sé de quién ni por qué. Entro a una de las habitaciones, cierro la puerta, mi cuerpo se desliza por la pared y deja una mancha rosada. Ya en el piso por fin encuentro el origen del olor: soy yo, es mi cuerpo que se descompone lentamente. Lucía no solo se fue cansada de criar a un niño de cuarenta años, también me dejó un souvenir clavado en la espalda, a lo mejor para evitar que me olvidara de ella.

## ... Que no queden pendientes...

*Juan Guillermo Silva Rodríguez*  
*Egresado Especialización en educación, cultura y política*  
*Neiva (Huila) - Colombia*

Como de costumbre organizó su ropa sobre la cama, entró a la ducha y prendió su radiecito para escuchar las noticias de las 6 am. Siempre fue un misterio para nosotros lo que ocurría allí adentro, era un baño a sesiones, en un lapso de 30 minutos podíamos contar diez, doce, hasta quince caídas de agua. Siempre creímos que el abuelo había parcializado su cuerpo para darle total limpieza a esa piel gastada y cansada por los años; en alguna oportunidad cuando la abuela estaba viva quisimos ahuyentar el fantasma de la duda preguntándole por esas intermitencias en la ducha y su respuesta fue: Su abuelo siempre ha sido un hombre metódico incluso para bañarse.

Sin embargo ese día fue distinto... el sonido de la ducha fue constate y en menos de 5 minutos lo vimos vestido y con su cara blan-

ca llena de crema para afeitar preguntándonos por sus tenis negros con blanco; - ¿los de salir abuelo?

- sí miijo esos mismos, respondió. Todos nos quedamos en silencio, nadie quería ir en contra de su deseo, sin embargo con una voz de mando inventada tomé la vocería y le recordé que a su edad no era recomendable salir, que tenía que quedarse en casa hasta nueva orden; él fuerte y consciente de sus años ajustó sus ojos color miel sobre mí y con una dulzura que me sorprendió me dijo: - ya no tengo tanto tiempo en esta vida y hay aún un pendiente que saldar - tomó su boina y como si estuviera en medio de un acto de magia desapareció.

Se movió con astucia durante todo el camino, esquivó policías, se escondió detrás de los árboles, tomó todo tipo de desvíos y caminó tan rápido como pudo... en un tiempo indescifrable para él estuvo por fin en frente de la casa de Amalia, su novia secreta, gritó por ella, lanzó una que otra piedra a su ventana y cuando vio su reflejo en el umbral del cristal empezó en un acto de profunda valentía a quitarse la ropa, a dejarse ver los años, las arrugas, los viejos y profusos senderos de la vejez; ella hizo lo mismo, esta vez sin ritmo, sin la emoción de los primeros años, lejos de querer seducir, entendiendo que su piel ahora colgaba y que ese olor a perfume de antaño ahora se mezclaba con el de las vitaminas que a diario tenía que tomar para alargar un poco más su vida... bajó hasta donde él, se pararon uno en frente del otro, se reconocieron, olvidaron su vergüenza de adultos y con un impulso desmesurado y auténtico se fundieron en un último abrazo.

## Cuando murieron los abrazos

*Luis Alberto Vidales Holguín*  
*ECSAH, Tuluá (Valle) - Colombia*

Sin decir palabra alguna, al lado del árbol amarillo del que muchas hojas caían en verano para vestir la tierra con aroma y colorido, se sentaron, mudos, el hombre taciturno ensimismado, concentrado en el horizonte, un sombrero de paño cubría los pocos cabellos blancos que sostenían de su cabeza, su piel menguada por los años dejaba entrever que había sobrevivido al dolor.

Luego ella rozagante y vivaz, pequeñuela, brincona, hábil al perseguir las pocas mariposas que revoloteaban de flor en flor, dejó su correría y su interés por el paisaje y se concentró en el octogenario que inerte al lado del gigante amarillo, perdía la noción del tiempo y de la

vida.

Abuelo, cuéntame sobre el día en que murieron los abrazos, le susurró la inocente damita.

Él, haciendo caso omiso, siguió empeñado en leer las montañas, buscando respuesta, su miopía natural no era barrera para recordar y volver a su pasado.

¡Abuelo, abuelo! insistió la niña.

Miró el viejito al tierno retoño, le brindó una sonrisa delicada aceptando la derrota ante la súplica, se devolvió de dentro hacia afuera y habló.

Susana... ¡princesa de mi alma!... apenas era un niño, pocas cosas entendía del mundo, más que jugar, correr, gritar, y lucir los trajes de superhéroe, elaborados por mi madre; en ese tiempo las personas sonreían, compartían, abrazaban; solía ver en las mañanas a mi padre, saludar efusivamente al tío Juan cuando llegaba a casa, lo mismo hacía Úrsula, mi hermana, con mi madre y entre abrazo y abrazo el mundo se llenaba de eso llamado felicidad, sentía el amor y afecto de mis padres, abuelos, tíos, amigos, incluso Freud mí perro de vez en cuando, en un ataque de histeria se lanzaba contra mi humanidad, larguirucha, escuálida y sentaba un lametazo en mi frente, acompañado de un abrazo.

No había necesidad de pedir abrazos, naturalmente todas las personas los daban, y se veían sus rostros llenos de vida... Vino un silencio ensordecedor.

¡Sigue, sigue abuelito! insistió la nietecita, meneándose entusiasmada con sus delicadas manitas, ignorante de que cuando los años pasan hasta el oxígeno se limita para llegar a los pulmones.

El abuelo dejó caer su mirada, pronosticó que algo terrible iba a suceder en su relato.

Susana, fue en el mes de marzo, de un año que no recuerdo, en casa enclaustraron nuestros cuerpos, prohibieron salir, saludar, mirar, tocar a los demás, dijeron los gobernantes que algo andaba suelto en el aire y que todos éramos sospechosos de poseerlo; no entendía las cosas de adultos, lo claro se tornó oscuro y con ello vino la soledad, el miedo colonizó los días y las noches. Los vecinos del barrio se resguardaron en sus casas, sellando puertas y ventanas, pasaron las horas días y meses, una mañana al trinar de las aves y cuando el sol entraba por las hendiduras de la ventana, al notar la lejanía y tristeza de mis padres me di cuenta que habían muerto los abrazos.

# Del amor a la pandemia

*Luis Ángel Quinche Rodríguez*  
*ECSAH, Bello (Antioquia) - Colombia*

Wuhan – China, 17 de noviembre de 2019.

Una alegría incomparable acompañaba el rostro del detective Jian Hao. Bajo su brazo florecía una hermosa boutique de rosas para su amada Bai Ling. En su pasión ilusionaba que este detalle fuera su confidente en la romántica velada que cambiaría el destino de su corazón. La velocidad de su coche no era suficiente para cumplir con su promesa de amor, aquella cita que llevaría a su alma gemela al altar, si así aceptara la propuesta.

A dos calles de su destino impedía el paso una extensa cinta amarilla; el peligro era inminente, sin importar su ceguera por el destello del juego de luces que reflejaban las patrullas policiales. La curiosidad invade al detective y pregunta a uno de sus colegas, que custodiaba el lugar, acerca de lo sucedido. Recibe por respuesta la comisión de un crimen atroz a una mujer cerca del bosque. La víctima era Suyin Ho, destacada científica del laboratorio P4. En el horizonte la luna llena iluminaba la espesa neblina que abandonaba poco a poco su rocío, dejando al descubierto el cuerpo tendido bajo la sombra de los árboles. Mostrando su placa y experiencia pericial le es permitido detallar la escena. “No es un robo”, su gargantilla en oro y anillo de diamantes estaban aferrados a su existencia, su bolso contenía las pertenencias de manera sistémica, sus manos, brazos y bata blanca no describían ningún signo de violencia. Jian Hao señala a sus colegas del equipo de criminalística tres enigmas misteriosos que no hacen parte del entorno: junto al occiso, una huella de pisada, pequeña, sutil y delicada. En la mano derecha Suyin Ho empuñaba, aferrando a su pecho, la pista más reveladora; sobre su palma, en letras rojas, estaba escrito “COVID19”. Tras una búsqueda minuciosa a diez metros de la científica, un conjunto de ramas inusuales hablaba por sí sola, como si el homicida al azar las hubiera decorado para esconder la pluma que emitió aquella palabra que cambiaría el rumbo de la humanidad.

Engañado por su pasión contra el crimen al desviar su rumbo, el detective recobra memoria y llega a la casa solitaria de su amada. Desafiando sus principios y curiosidad ingresa por el patio trasero, observa en el comedor dos tazas servidas de té, sus lozas aún calientes. Sube con intriga a la habitación. En su armario, a primera vista,

observa aterrorizado un par de zapatos “pequeños, sutiles y tenues”, como eran los pies de su enamorada. En el cuarto de estudio observa ausente en el juego de plumones el “color rojo”. Horrorizado, corre a la cocina buscando respuestas a sus sospechas. En la basura yace un pequeño frasco de veneno vacío. Sin dilación, Jian Hao reporta a la jefatura: “la científica ha sido envenenada; su homicida se llama Bai Ling, era mi prometida”.

El misterio que empuñaba en su mano esta misteriosa palabra aún es incierto. Para el detective se abre una nueva investigación que tal vez el mundo de la ciencia pueda resolver.

## Jaulas familiares

*Mayra Fernanda Molano Herrera*

*ECSAH, Cumaral (Meta) - Colombia*

Cuando la pandemia comenzó a ser nefasta optamos por aislarnos quedándonos cada uno en su pieza. Estábamos en la misma casa, pero cada uno se mantenía en un cuarto diferente, era como estar en jaulas y observar a los demás igual de atrapados que tú. Nos poníamos en frente de la puerta con forma de reja para conversar. Mis padres, mi hermana melliza de dieciocho años, el perro adoptado y yo, viéndonos en celdas que decían nombrarse dormitorios, en un ambiente gélido, de pesadumbre, desesperación e incluso de locura.

En el mes trece de la pandemia otro sujeto entró a la casa, con mi padre lo asesinamos y lo sacamos de allí por precaución. Lastimosamente tenía el virus y había infectado a mi progenitor, en menos de 72 horas la enfermedad lo hundió... por tanto, le apunté con la escopeta y apreté el gatillo para que la bala perforase su cabeza. Me sentí aliviado ya que le había dado fin a la persona que siempre me golpeaba con la excusa de que debía comportarme como un varón. La intensa escena hizo que mi madre abriera la puerta para salir a abrazar el cadáver de su marido mientras rogaba que yo la matase porque ya estaba contagiada y vivir sin la presencia de mi papá la llevaría a un acto suicida después. Por mi expresión facial supo cuánto me dolería dispararle... ella, entre llanto, esperó a que yo le arrebatara la vida, pero mi hermana velozmente la tiroteó para no prolongar el padecimiento.

Desde ese suceso desgarrador solo han pasado cinco días y hoy estoy aquí con mi hermana y nuestro perro grabando este audio



que habla sobre nuestros días de encierro... Por otro lado, también presenciamos el espectáculo de la descomposición de los cuerpos de nuestros padres y nos cuestionamos qué tan sabrosa puede ser la carne humana.

Hoy se completan tres años de confinamiento y solo quedo yo como sobreviviente de aquella familia. Mi hermano... mi hermano se suicidó para convertirse en la comida destinada para el perro y para mí. En este preciso instante estoy ingiriendo lo único que queda de él: su oreja izquierda. Ahora sí puedo responder que el cuerpo humano es apetitoso como un platillo exótico. Si este caos no culmina pronto, tendré que dejar a la suerte a mi mascota en la calle o terminaré consumiéndolo.

Han pasado siete años y esta pandemia ha batido un récord de duración tenaz. El canino murió de vejez hace 48 horas. Ahora que estoy sin personas que me amen, me voy en busca de un par de humanos que sean sobrevivientes, que se tengan afecto y que quieran tomarme como su producto comestible... ya que terrenalmente estoy vacío de alma y corazón, pero lleno en carne para el deleite de individuos esqueléticos adaptándose a la supervivencia.

## Oscura noche

*Néstor Leonel Gálvez Arce*  
*ECEDU, Bogotá - Colombia*

Eran ya las 10:35 de la noche, sentía los párpados cansados y el cuerpo desganado, no por haber trabajado mucho durante el día, de hecho, la mitad del tiempo activo lo pasé viendo películas en Netflix de temáticas románticas y conmovedoras, algunas bélicas y otras de suspenso. Nada parecía llenarme el alma ni saciar mi deseo, era un día de esos del confinamiento en que sólo se quiere rellenar las horas, hacer que pasen desapercibidas, vivir la vida de otros a través de las películas o los libros, aislarse un poco, no pensar en algo por un momento.

Descubijé la cama, puse el celular en la almohada y apagué la luz del cuarto antes de acostarme. Recordé que no había ido al baño, y entonces me levanté de nuevo para ir a orinar, de lo contrario tendría que levantarme a las dos de la mañana o con suerte alcanzar hasta las seis o siete y luego correr el riesgo de no volver a conciliar el sueño.

Al salir del cuarto sentí que la noche estaba un poco más oscura de lo normal, una oscuridad densa y fría, tanto que tuve que encender la luz de la sala para poder ver con claridad, cuando en noches anteriores solía salir al baño con las luces apagadas. Noté que no estaba la bicicleta de don José en la sala, la puerta de su cuarto estaba abierta al igual que las ventanas que dan a la calle, me extrañó, porque generalmente a esa hora está próximo a acostarse. Descubrí entonces que me encontraba solo en la casa, caminé hasta el baño y dejé la puerta abierta mientras me senté en la taza para orinar, luego de terminar, me lavé las manos, salí del baño y me dirigí a la toalla colgada en las cuerdas de ropa del patio interno de la casa, me sequé y caminé de nuevo hacia el cuarto. Golpeaba una corriente de viento espesa que tal vez entraba por las ventanas del cuarto de don José, la noche seguía pareciéndome densa y extrañamente oscura. Sentí que se erizaron los vellos de mi nuca y un leve escalofrío me recorrió la cabeza.

Algo nervioso, aceleré un poco más el paso, entré en mi cuarto y cerré la puerta, dudé un poco antes de apagar la luz, pero encendí el teléfono para que alumbrara y así la apagué antes de acostarme y terminar arropado dentro de mis cobijas.

El ambiente incluso en mi cuarto comenzaba a tornarse oscurecido y helado, pensé que podría ser causa del estrés del día y ya era hora de descansar, pero comencé a sentir también la sensación de estar siendo observado, no estaba seguro de verlas, pero había sombras que parecían acercarse y alejarse, decidí cubrirme con las cobijas apagar la luz del teléfono y cerrar los ojos.

De pronto todo parecía estar calmado y en silencio, mi mente comenzaba a despejarse aunque mis oídos estaban agudizados y alertas. No supe a qué horas me dormí.

## Mar Pacífico

*Oscar David Bolívar Silva*  
*ECSAH, Bogotá - Colombia*

Gritando entró apresurada a la casa. En un rincón se agacho llorando desconsolada, sin creer lo que había pasado. Intentaba leer la página más difícil que, hasta el momento, se escribía en el libro de su historia; justo en ese momento sonó por primera vez la alarma que decretaba el toque de queda en esa pequeña ciudad.

“El Ministerio de Salud confirma que van 30.500 contagios y más de 905 muertes, el virus se propaga muy rápidamente nos salgan de sus casas”, escuchaba en el viejo radio del abuelo Evermina Orobio Angulo, mientras en su mente permanecía la imagen de su madre desaparecida hace una semana.

Fue vista por última vez caminando a unas pocas calles cerca de su casa, con la cabeza baja, sus zapatos llenos de barro y con algunas lágrimas en su rostro.

Doña Tere, la señora de la fama pensó que seguramente se dirigía para la fábrica de palma en la que trabajaba y es que la señora Angulo era muy querida por todos sus vecinos, supo ganarse el respeto de su comuna cuando en plena plaza principal, voleando machete, valientemente se enfrentó a las balas de un par de disidentes de las FARC, que buscaban reclutar a su hijo Willinton.

Evermina no comprendía cómo su madre era capaz de irse una semana después de su cumpleaños número 14, aunque tenía muchas razones para escapar. Todos los amigos de la escuela sabían que su padre Jarlin Orobio, camaricultor de profesión, tenía un romance con Alicia, una compañera del trabajo, decían que ella estaba embarazada y que desde la juventud ha estado enamorada de él.

Aunque el mayor cambió de su madre lo notó una noche cuando había llegado del trabajar y como era costumbre se organizaba para lavar los platos en la gran caneca roja de la cocina, cuando le dijo:

- Ever, negra, haga lo que haga, así parezca lo más descabellado de la vida, siempre estoy pensando en mi familia.

La pequeña vio un brillo extraño en sus ojos, pero no prestó atención y creyó que estaba asustada por ese virus del que todos hablaban o se imaginó que estaba preocupada porque el jefe le había suspendido el contrato en la cuarentena y no tendrían que comer.

Entre pensamiento y pensamiento llegó el atardecer, Evermina salió a dar de comer a “Tumaco”, un perro abandonado que la familia adoptó sin querer. A lo lejos vio a su padre caminando junto a su tío Luis, traía consigo un periódico que sin mediar palabra le dio para que leyera. Entre sus páginas sobresalía un artículo que decía:

Un vecino del sector reconoció a María Danilda Angulo, de 50 años, que fue encontrada ahogada en las aguas del mar Pacífico, cerca al barrio Viento Libre en la tarde del pasado miércoles. Se presume que fue un suicidio, solo llevaba consigo un examen que decía “contagiada”.

Justo en ese momento sonó por primera vez la alarma que decretaba el toque de queda en esa pequeña ciudad.

# A mi manera

*Rafael Eduardo Herrera Serrano*  
*ECEDU, Yopal (Casanare) - Colombia*

*“No hay porque hablar  
Ni que decir, ni recordar, ni que fingir “  
A Mi Manera versión: José José*

El sonido de aquella vieja canción francesa «Comme d’habitude», interpretada por la voz inmortal de Frank Sinatra, (My Way), suena en el trasfondo de mis pensamientos. El tiempo pasa tan rápidamente como los sueños y recuerdos viajan por mi mente.

Así sea en la distancia, y en la soledad propia de la cuarentena te contaré algunas reflexiones sobre mi vida, la cual bien o mal, viví intensamente.

*“I’ve lived a life that’s full”  
Viví una vida plena.*

La verdad, no le temo a la muerte, y a pesar de sentir tan cerca su presencia, en tiempos de pandemia, la incertidumbre camina con nosotros cogida de la mano y sin tapabocas. Los años vividos, admiten mirar el pasado sin arrepentimientos, tal vez pensar que podría haber hecho mejor, algunas cosas.

“I’ve had my fill my shave of losing.” Tuve mis victorias; mi cuota de derrotas...

Guardo algunos bellos recuerdos, pero reconozco que dejamos pasar, en muchas ocasiones, el disfrute de las cosas simples de la vida; por ejemplo: saber que los tiempos no compartidos con mis hijos me faltaron para entender mejor la complejidad de sus pensamientos, o encontrar al interior de mi hogar, rodeado de quienes se quieren y nos quieren, aquella tranquilidad y ese sentimiento de amor con el cual tratamos de arropar nuestras desesperanzas.

*“I did what i had to do.” Hice lo que tenía que hacer.*

Sin embargo, la seguridad y confianza que me han permitido decir qué pienso, con el pasar de los años, me enfrenta a tratar de entender y explicarme porqué seguimos enfermos. No me refiero amigo mío, a los males que acompañan nuestro cuerpo, tarde o temprano, la especie derrotará esas pandemias, y a pesar del número elevado de muertes, queda la triste realidad de nuestra historia.

*“But though it all, when there was doubt, i ate it up and spit it out.”  
Pero a pesar de todo cuando hubo dudas, las mastiqué y las escupí.*

Esa historia que nos confronta con nosotros mismos, con nuestras voces de protestas levantadas, que siguen sin respuestas y al igual que ayer, hoy nuevamente ignoradas.

Unos gobernantes, quienes no respetan la vida de su pueblo y de forma corrupta se apropian de los dineros públicos, que son nuestros; un sector financiero que aprovecha en su beneficio la angustia de los más necesitados, y la muerte de tantos y tantos líderes sociales, arrebatados a las estadísticas del covid - 19, para encontrarse en la mirada intolerante de quienes sólo son capaces de ver a través de los ojos de la muerte.

*“To say the things he truly feel; and not the words of one who kneels.”  
Para decir las cosas que realmente siente; y no las palabras de quien se arrodilla.*

Hay que hacer lo que nos corresponda hacer amigo; rescatar nuestro espíritu de antaño y volver nuevamente a las calles para que se oigan los gritos indignados de un pueblo que no se cansa de reclamar justicia, porque a pesar de que nuestra opción de lucha armada, dialécticamente ha sido revaluada, tenemos que retomar la vieja consigna promulgada de que: “los derechos no se mendigan se arrancan en la lucha organizada”.

*“And now the end is neard” Y ahora el final está cerca.*

No es nostalgia, es la puteria que produce el ver que, a pesar del tiempo, aquí no ha cambiado nada. No sé el momento de partida y si estoy o no preparado; aún tengo la esperanza de poder acompañar algunos años a mi nieto, bajo las actuales circunstancias ya me encuentro desprovisto de cualquier sentimiento de culpa o de grandeza, solo me queda reconocer que he vivido. A mi manera.

*My Way*



*Me despierta la incertidumbre. (Primer síntoma: El insomnio)*

# Síntomas de Cuarentena

*Nathalie Daviana Morán González*

He desarrollado esta serie fotográfica en mi casa, durante la etapa de cuarentena a la que nos hemos visto sometidos por la pandemia. Emocionalmente ha sido una experiencia abrumadora, no pensé vivir para presenciar una situación así, pero me siento afortunada de tener un medio de catarsis a través del arte.

Decidí realizar una crónica que pudiera expresar las emociones que iban surgiendo a medida que pasaba el tiempo. Elegí trabajar una tonalidad fría en las primeras imágenes que acompañara esas emociones difíciles de procesar y posteriormente marcar un progreso a través de colores fuertes con mensajes cómicos sobre la misma situación. Comienzo a marcar la diferencia desde la fotografía a contraluz con los colores de mi ventana al atardecer.



*No sé cómo “reinventarme” cuando ya estaba inventada.  
(Segundo síntoma: sentirse perdido)*





*¿Entonces qué es el tiempo? Solo fragmentos de rutina. (Tercer síntoma:  
perder la noción del tiempo y el espacio)*



*Quisiera un poco de sol, un poco de calle, un poco de gente entrando a mi casa y moviéndome el mundo. (cuarto síntoma: Añorar la libertad)*



*Necesitamos la proximidad e intimidad con otros para sentirnos plenos.  
(Quinto síntoma: La fragilidad)*

*Al menos los atardeceres  
son más hermosos ahora.  
(Sexto síntoma: valorar las  
pequeñas cosas)*





*¿Tapabocas dentro de casa? Que sigue, ¿Dentro del baño también?  
(Séptimo síntoma: La paranoia)*







*Solo veo pantallas todo el día, me duelen los ojos, la cabeza, la artificialidad del mundo. (Octavo síntoma: Mamarte de la virtualidad)*



*Soy una planta más,  
buscando rayitos de  
sol enterrada en casa.  
(Noveno síntoma:  
Leerse hasta las  
recetas de aguacate  
mientras temes sufrir  
de deficiencia de  
vitamina D)*



*I miss fucking Fridays even though I mostly said no to parties. (Tenth symptom: Missing doing the things you didn't enjoy doing before quarantine)*



DIA 1.

que es

usted

sincero



M



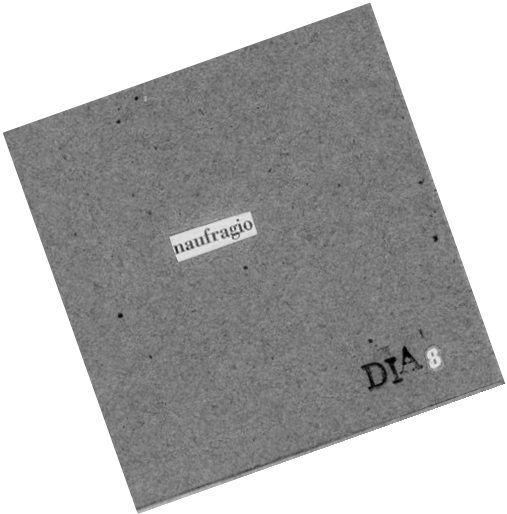
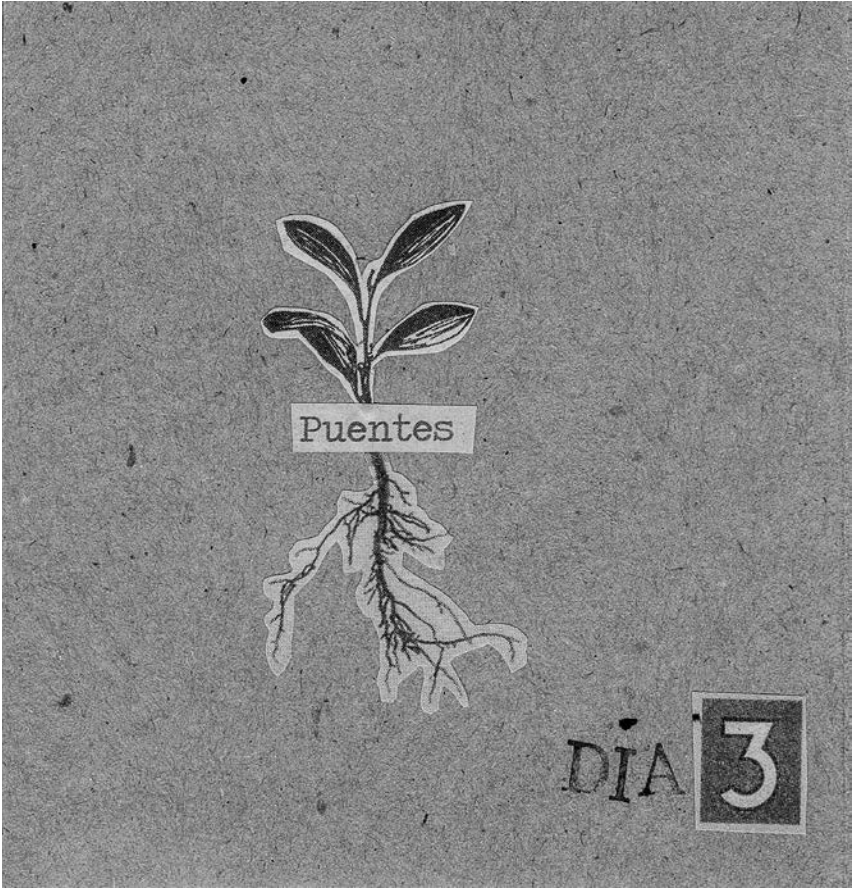
# Diario de cuarentena

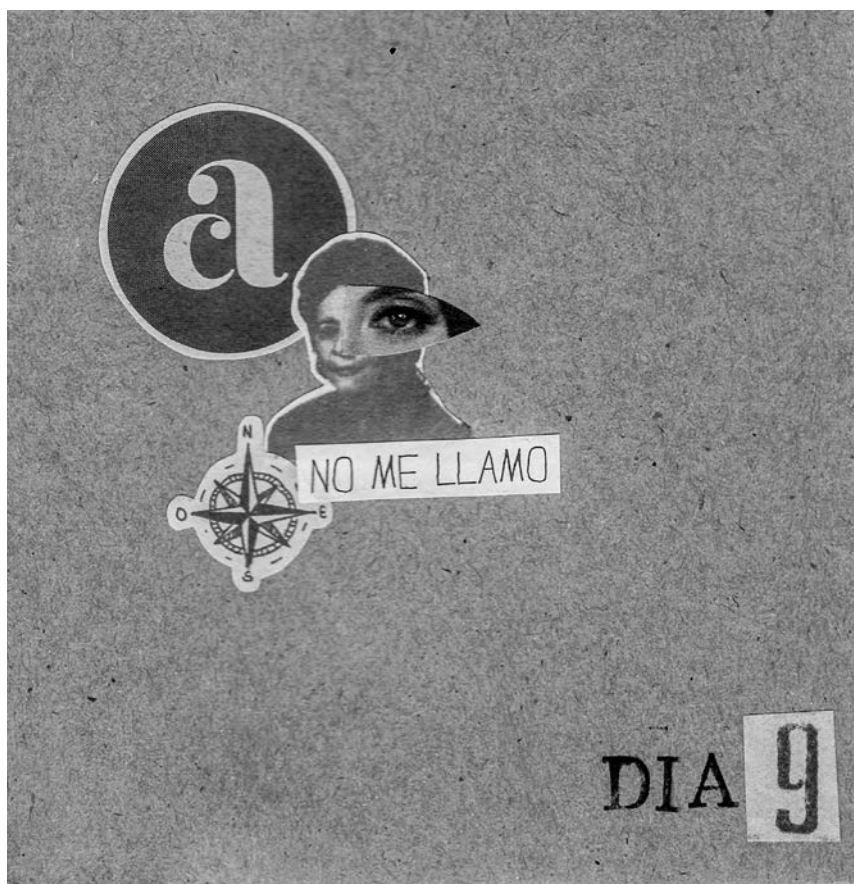
*Natalia Calao*

Diario de cuarentena es un Libro de Artista que surge como un ejercicio de registro cronológico, a partir del momento en que el presidente de la nación colombiana declaró el confinamiento obligatorio de las personas en sus casas, para evitar así la propagación del virus con el que actualmente hemos tenido que convivir.

Es un ejercicio en proceso que mezcla la técnica del collage con la caligrafía, la tipografía y la encuadernación artesanal, a partir del concepto artístico del *Objet Trouvé*, en el que el insumo de trabajo para el ejercicio creativo, son los objetos encontrados, específicamente, imágenes encontradas, soportadas en una concertina o tira de papel que se dobla a manera de acordeón para posteriormente ser encuadrada de manera artesanal.

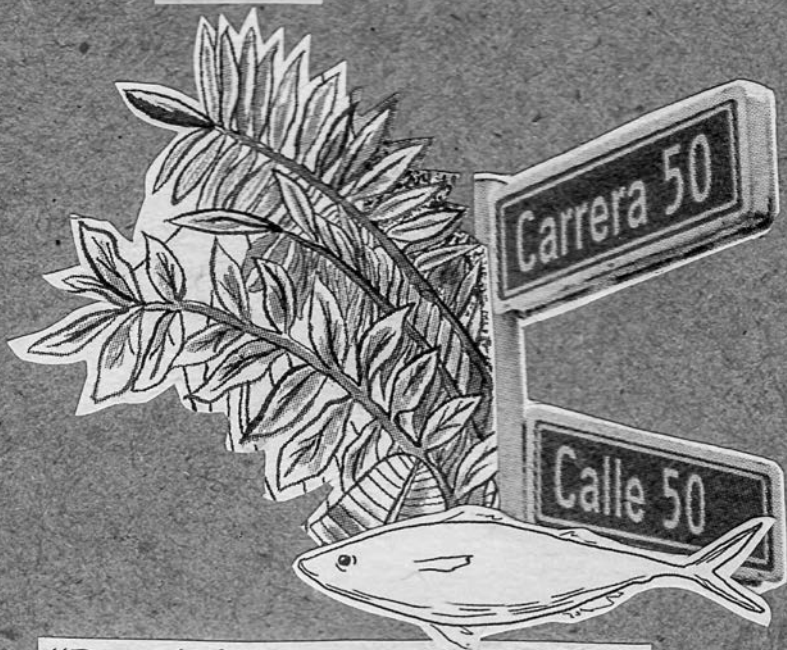
Este ejercicio creativo de más de 30 ilustraciones, pretende llevar el registro cronológico de un momento de la vida nuevo para todos, echando mano de la capacidad creativa que ofrece mi espíritu artístico, a través de la superposición de imágenes, se presenta cada día como una idea que permita encontrar diferencias en estos días que transitan pesados y que parecerían estarse repitiendo. Unos ojos grandes en un rostro pequeño, un recordatorio de las calles que antes podíamos visitar, una conciencia sobre el espacio que habitamos, la convivencia con los que compartimos este espacio, la palabra que ayuda a consolidar la idea. Todo lo anterior se suma para construir la memoria de unos días aciagos que desfilan pesados y como esperanza del final que deseamos que llegue.





Se construye diariamente intentando poner en cada composición las sensaciones que va trayendo cada día, permitiendo tramitar de esta manera, la angustia, la impotencia, el encierro, la frustración, la tranquilidad o el abandono. Emociones frecuentes por estos días.

DIA 12



“Recuérdame, susurra el polvo”.

DIA

10



inmensas gratitudes

escribió un cuento de hadas



DIA 16



Es un ejercicio creativo inacabado y en construcción que terminará el día que podamos iniciar la nueva normalidad a la que saldremos. Ese día se realizará la encuadernación final que permita proteger el diario como una herramienta de la memoria y que convertirá el ejercicio en un Libro de Artista.





Es  
pa  
c  
cio



**Espacio**





# Reposo relativo

*Mabel Lilian Ríos Plazas*

*Docente de la maestría en desarrollo alternativo,  
sostenible y solidario, UNAD*

En la teoría de la relatividad general, publicada en 1915, Albert Einstein afirma que el espacio y el tiempo están entrelazados en un solo continuo que denominó espacio-tiempo; y que los eventos que ocurren en un mismo tiempo para un observador podrían ocurrir en diferentes momentos para otro. El debate sobre la relación espacio-tiempo no era nuevo, el mismo Einstein se manifestaba rebelde en contra de la metafísica Aristotélica que defendía un espacio-tiempo absolutos, anclados a un punto fijo, inerte, alrededor del cual las demás cosas se mueven o no se mueven; Newton también estuvo muy cercano a Aristóteles aunque ninguno de los dos logró demostrar dónde quedaba aquel punto fijo que daría origen a todo movimiento. Aristóteles propuso el éter, pero él mismo reconocía que el éter era invisible; físicos y matemáticos posteriores demostrarían -a fuerza de fracasos- su inexistencia.

Volvamos a Einstein, imaginemos que viajamos “hombro a hombro” a una velocidad constante con un avión X – 15 norteamericano a 7200 Km/h ¿Podríamos percibir la velocidad de nuestro vecino de vuelo en estas condiciones? No, no podríamos, dado que nos movemos a la misma velocidad, recibiríamos al avión en reposo, estático, anclado a un punto fijo, aun cuando los espectadores de nuestra hazaña en tierra puedan tener todas las pruebas posibles sobre los miles de kilómetros recorridos durante el tiempo que estuvimos en el aire. Los eventos que ocurren en un mismo tiempo para un observador, podrían ocurrir en diferentes momentos para otro.

A medida que el virus se fue propagando de país en país, los medios de comunicación fueron documentando imágenes de grandes urbes totalmente desocupadas, calles en cinematográfica soledad, los bares y restaurantes más concurridos con las sillas sobre las mesas, playas sin sombrillas, las máquinas de café se apagaron en las oficinas, los parques estaban sin niños, los mercados sin ofertas, las bibliotecas sin lectores, los museos sin turistas. Millones de personas habían sido

confinadas en sus casas, apartamentos, apartaestudios, habitaciones y refugios ¿Estaban en reposo? ¿Se había detenido el motor de la vida? ¿Qué estaban haciendo todos con ese tiempo que antes le pertenecía con exclusividad al tren, al café, al restaurante, a la oficina, al parque?

Los meses de confinamiento global pasaron y los estadistas empezaron a ofrecer respuestas. En China murieron más personas de suicidio que de COVID, en Latinoamérica se incrementaron los crímenes asociados a violencia intrafamiliar y de género, en Estados Unidos aumentaron dramáticamente las muertes por sobredosis y en Europa se dispararon las consultas por enfermedades mentales. No nos venían bien los espacios cerrados, no nos venía bien estar continuamente en un mismo lugar, no nos venía bien volver a nosotros mismos, habitar nuestra intimidad, nuestra corporeidad, encontrarnos con ese X-15 cargado de miedos, anhelos, esperanzas, recuerdos, heridas, amores y duelos que todos llevamos dentro pero que creíamos en reposo simplemente porque sin saberlo, viajábamos de otros modos, “hombro a hombro”, a una velocidad constante con nuestro “yo” interior. Ahora el virus nos obligaba a estar en tierra, a ver horrorizados los kilómetros que nuestro ser interno recorre con increíble rapidez muy a pesar de nosotros mismos. Los eventos que ocurren en un mismo tiempo para un observador, podrían ocurrir en diferentes momentos para otros.

# Microrrelato.

*Insane 19.*

*Andrés Alejandro Guerrero Santos*

*Estudiante ECJP, Bogotá*

Hace tiempo que no me sentía sólo, en el lugar equivocado y justo en la sala de mi casa... Tres minutos para el infinito ¡Qué diablos!

Me susurró al oído

Tendrás que saltar el muro y dejar el corazón. Peso muerto a los 37, ya sabes.

Tomó su 38 y dio unos pasos. Decisión tomada.

- Quizá encuentres algo por el camino- le dije.

-No pierdas tiempo- contestó.

Cruzó la mirada y se alejó del espejo, respiró sin preocuparse del virus y apagó la luz.

## Por favor, silenciar sus micrófonos

*Brigitte Carolina Rojas Rodríguez*

*INVIL, Bogotá*

Es imposible devolver el tiempo, ya había hablado, pero esa no era su preocupación, dijo lo que dijo sin haber silenciado su micrófono. “Cómo pude ser tan idiota”, pensó. Quería golpear su cabeza, sin embargo, tuvo que disimular la vergüenza, seguir frente a la cámara y observar cómo los asistentes a la reunión intentaban ocultar la risa o la indignación, algunos le escribieron en privado. Sabía que de su jefe no habría comentarios. “Pues nada, al fin y al cabo, ya me mamé de

esta mierda”, se dijo. “No medí mis palabras, pero por qué hay que medir las palabras cuando uno se desahoga, si le chantan más trabajo”. Podía trabajar desde su casa y hacer lo que le antojara. Lo único que lo atormentaba era que ahora su horario de trabajo se estaba casi duplicando. “Alberto, ahora sí puede activar su micrófono”, le ordenó su jefe. Lo de Alberto lo indignaba, pero no podía reclamar, era venganza pura, prefería que lo llamaran Raúl. Encendió su micrófono: “¿me escuchan?”, preguntó con algo de prevención. Nadie respondió. “¿Me escuchan?”, volvió a preguntar. Notó en los rostros que no había intención de irrumpir en un coro de sí, fuerte y claro, te escuchamos, muy bien, adelante. Nada. “Me confirman, por favor”, insistió, tampoco hubo respuesta en el chat. Sintió las miradas acusadoras. Iniciemos. Al ver su rostro en la pantalla, notó que había olvidado colgar el cuadro de Escher porque quería lucir ejecutivo e intelectual. En su lugar, estaba el reloj de pajaritos que su mamá le había regalado. Hoy no es mi día. Primero cometió semejante idiotéz y ahora parezco un levantado sin estilo. No se permitió otra distracción e inició. Les voy a compartir mi pantalla. El silencio en el chat lo hizo sentir más nervioso que el de los micrófonos. Cordial saludo para todos nuevamente, les voy a presentar la gestión realizada durante la última semana para el cumplimiento de las metas. Se sentía tranquilo, “a pesar de todo, mi trabajo es el que habla por mí”, se consoló. Pasados diez minutos, Raúl estaba empoderado, “vemos aquí el incremento en los índices de intención de compra. ¿Alguna inquietud?”, preguntó a los asistentes. Nadie respondió. Anheló que todos hubieran olvidado su impertinencia, que estuvieran pensando en cosas más importantes, como preparar el almuerzo; seguro que Martica debe estar rogando que terminemos para cederle el computador a su hija. Cuando Raúl finalizó la exposición, su jefe le pidió que le enviara el informe de inmediato, pero no le agradeció. “Hoy no te felicitaron por tu buen trabajo, Raulito”, se cuestionó. Días después, supo que era el hazme reír de todos en la oficina por un GIF que rodaba entre algunos chats, en el cual se veía a Raúl llevando su mano a la boca, abriendo mucho sus ojos, tomando un poco de agua e inmóvil ante la cámara, tras jactarse de haber alterado esos putos informes que entregaba a la inepta de su jefe.



# Cincuenta y un días

*Diana Marcela Másmela Useche*

*Egresada - Ingeniería Industrial*

*Argentina, Córdoba Capital*

Ainhoa tenía diecinueve años, era solitaria y difícilmente expresaba sus sentimientos, siempre quiso comprender las emociones humanas y decidió estudiar psicología. El seis de marzo viajó a Roma desde Buenos Aires para participar en un encuentro internacional de estudiantes. Al llegar, en el aeropuerto, vio un joven de aproximadamente veinticuatro años, que extrañamente cautivó su atención. Ella siguió su camino y se hospedó en un cómodo hotel, luego de cuatro días, todo fue cancelado debido al surgimiento de una pandemia e inicio de una cuarentena.

Esa noche, en el comedor del hotel, un empleado se acercó y le informó que desde ese momento no podría salir puesto que la zona había sido catalogada de alto riesgo; Ainhoa quedó paralizada, no sabía si por el asunto de la pandemia o porque la persona que le hablaba produjo profundos sentimientos en ella. ¡Era el joven del aeropuerto! No pudo pronunciar palabra alguna. Se levantó presurosamente y volvió a su habitación no sin antes indagar con el conserje quién era aquel joven, a lo que se le respondió era el administrador del hotel.

Con la excusa de la cuarentena se acercó con el corazón palpitante al administrador y le expresó su preocupación ya que había programado que su viaje de regreso fuese en dos días; el joven amablemente intentó tranquilizarla pero Ainhoa no quería sus argumentos, menos aún sus ademanes de cortesía, ella se contenía para no lanzarse sin remedio a sus brazos; al final, de aquella conversación ella solo recordaría una cosa; Su nombre era Tiziano. Pasaron los días y conforme crecía el afecto, crecía también el pánico en toda Italia. No obstante, en el hotel había una extraña tranquilidad, pues los huéspedes y empleados estaban a salvo.

Treinta días transcurrieron en confinamiento y Ainhoa fue feliz cada uno de ellos. Estar cerca de Tiziano significaba todo para ella. Sus sentimientos fueron creciendo cada día, aunque nunca pudo expresarlos. El día treinta y dos, Tiziano inició una conversación durante el desayuno, era algo trivial, pero terminaron hablando de todo, cual viejos amigos. Ainhoa no podía ser más feliz y descubrió que su corazón lo había elegido a él para siempre; sin embargo, desde el día

cuarenta, Tiziano cambió, se tornó distante y pocas veces se le vio fuera de su oficina. Solo hasta entonces Ainhoa empezó a resentir el letargo del confinamiento.

El día cincuenta y uno se abrieron las puertas del país y del hotel. Ainhoa volvería a su tierra en pocas horas. Sintió una inmensa angustia al saber que no lo volvería a ver y se cuestionaba el no haberle expresado sus sentimientos. No se despidió.

Al llegar a su país y a su casa encuentra un sobre en su mochila, con fecha de doce días atrás. Adentro había una carta en la que Tiziano le decía que la amaba, pero creía no ser correspondido pero que, si él estaba equivocado al respecto, suplicaba se lo hiciera saber subiendo a la terraza del hotel esa noche, donde él la esperaría. Si no iba, entendería cuál era su respuesta.

Ainhoa no podía creerlo, esta carta lo cambiaba todo. Quería volver inmediatamente, pero ese mismo día fue diagnosticada con la enfermedad. Su salud empeoró, pero no la amilanó en tanto tenía un motivo para seguir viviendo: la esperanza de volver a verlo.

## Un animal extraño

*Fanny Pinzón Candelario*

*ECAPMA, Santa Marta (Magdalena) - Colombia*

Allá por el bosque de la Sierra Nevada de Santa Marta, junto al mar, vive mi familia, una comunidad de nutrias de río, mi nombre es Esperanza, porque cuando nací, fue como un milagro, quedábamos muy pocos en la familia y los machos casi habían desaparecido. Esta noche nos reuniremos y les contaré mi historia.

Cuentan los abuelos que hace muchos años llego a la tierra un animal extraño, le decían así porque nunca se comportó como los otros, siempre se creyó superior. Era un animal casi sin pelo, que robaba la piel a otros animales para cubrirse; no tenía garras, ni dientes afilados, pero construía armas que podían matar a otros animales no importa si eran grandes o chicos.

Para hacer sus nidos y madrigueras arrasaban con grandes extensiones de bosque y a pesar de no necesitar tanto alimento, mataba sin ninguna consideración a otros animales para guardarlos.

Ni el León en África con su fuerza y filosos dientes logró vencerlo, por lo que tuvo que confinarse en la selva; ni los elefantes con su imponencia fueron respetados, ya que decidió matarlos para usar sus colmillos para usos extraños.

Los mares no fueron impedimento para este animal, a pesar de ser terrestre invadieron con grandes redes, atrapando peces para alimento, pero también grandes ballenas para quitarles su aceite para prender fuego; los tiburones fueron sus víctimas ya que les cortaban sus aletas y luego los tiraban al mar para ser devorados.

Eran tan extraños y tan prósperos que se multiplicaron como moscas, llegando a cada rincón del mundo, y con ellos su destrucción, sus desechos que no eran

capaces de controlar, ya el suelo y las aguas no daban abasto, dañando nuestros hogares, los ríos. Ya no teníamos donde nadar y cazar nuestro alimento así que muchas crías fueron muriendo de hambre y los machos perdieron fuerza, hasta que en este río solo quedaban mi madre, su hermana y mi padre.

Fue cuando paso lo inesperado, aquel animal por algo que desconocíamos, no lo volvimos a ver, ya no subían al bosque, todos estaban extrañados y curiosamente nos desplazamos para ver lo que ocurría, ya no escuchábamos sus grandes estruendos, ya no teníamos que escondernos de sus armas, ya el río no estaba sucio por los residuos que dejaban los fines de semana. Todos se preguntaban que les había pasado. Fue cuando las aves trajeron la noticia, el animal extraño estaba sufriendo un ataque viral que nadie conocía y le toco atrincherarse en sus madrigueras. Todos los animales se pusieron felices, empezaron a recorrer sus espacios para mirar que estaba pasando. Solo se hablaba de eso, quien iba a pensarlo que un pequeño virus, tan pequeño logro lo que no habían logrado otros. De eso ya han pasado varios años y nada nunca volvió hacer igual para ellos.

Ahora nuestra familia se ha recuperado, pero siempre nos preguntamos hasta cuando seguirá la calma, si estos animales aprendieron la lección que esta tierra es para todos.

## El cuento del sancocho

*Jesús Alberto Ramírez Calderón*  
*ECACEN, Bogotá - Colombia*

Aquella mañana a pesar del intenso frío y la soledad de la calle, la alegría y la sensibilidad temprana amanecía con cada uno de ellos. Migdonia, de especial alegría, recordó ese día fresco en medio de las olas calurosas de su ciudad...Vendría la charla, el recuerdo. La año-

ranza de aquellos sitios que nos inundan, nos invade los sentidos con el rico olor a humedad, a frescura, a fragancia de la naturaleza. Olores que nos campanean que estamos cerca a esa gran explosión de vida llamada río, o al borde de una alfombra de agua llamada laguna.

Ya sabemos que vendrá la actividad acalorada, la búsqueda de leña, y la pregunta: ¿"Quién trae las gallinas"?

Se activa el chat y, abriéndose paso entre los quehaceres, aparece la sutil imaginación. Se Inicia un jugueteo en la jornada laboral, un toque de humanidad; el paseo se convierte en algo serio, sí... parece asombroso e increíble realizar "un paseo de olla" en las circunstancias actuales. El ángel de la creatividad fluye en el chat, para dar color a la mañana fría que embarga las ciudades, donde cada uno, en un espacio alejado, habita.

La doctora Nolvis, con esas características especiales de líder, trae la leña... Importante buscar alternativas para que todos revivan el sabor de nuestra tierra; esa tierra hilada de diferencias, pero a su vez plagada de convergencias.

Roger, de sobresalientes dotes culinarias, presenta toda su experticia en sancocho trifásico. ¿Sancocho trifásico? Eso suena como a cobro triple de factura de energía, algo que se ha vuelto normal en estos días.

No se diga más... Inmediatamente Roger busca entre sus archivos un vídeo del paso a paso de la preparación y comparte, hay que sentir y saborear desde ya lo que nos espera, dice en el chat: <https://www.youtube.com/watch?v=qH00Z QhtVdQ>

Al parecer se equivoca, el enlace compartido nos lleva a un video con la dura realidad. Clara por su parte, llega con las gallinas criollas; esto la hace recordar a su suegra, ella siempre advierte, "un buen sancocho se comparte, pero con gallina del campo". Cada integrante, en buen trabajo colaborativo, selecciona su rol; se distribuyen tareas, inician los aportes de ingredientes, entra en juego el debate... Nadie pensó en el guacamole.

Pero hay que hacer una reunión y subir los informes al foro. Noo, pero ¿cómo vamos a hacer un cuento? Y así se fue atizando el fogón, organizando la olla. Cada recuerdo de olores, sabores y paisajes de los invitados de cada CEAD y región se fueron juntando.

Y entre nostalgias y recuerdos, los ingredientes se fusionaron, no se maldijeron las picadas de los mosquitos. Aaah, los benditos mosquitos, ¿de qué se estarán alimentando? El consciente inconsciente nos indaga, ¿Cómo hacer que sea posible en la red el olor a leña, a sancocho recién hervido, sentir la humedad de agua del río corriendo por el cuerpo? ¿Cómo?

Nos corresponde esperar con paciencia jobiana y en prudentes distancias castrenses; hasta que llegue el día que un compañero diga: – Soy el anfitrión, yo le sirvo el sancocho... espero le guste.

## Trabajo sí hay

*Juan Carlos González González*  
VIDER, Bogotá - Colombia

Decide “reinvertarse”, como llaman ahora a lo que antes era rebusque, porque las cuentas siguen llegando y el hambre no sabe de plazos, ni de virus. Entonces piensa en la mejor forma de sacarle partido a la situación actual. Después de pensarlo, se viste con su mejor pinta y, para no desentonar con su nuevo emprendimiento, un tapabocas para la ocasión. Con toda la energía de quien va a cambiar al mundo, se dirige al banco para pedir el apoyo económico. Al llegar, se hecha la bendición y saca su pistola...

## Un amor sabor a whiskas

*Juan Gerardo Calderón García*  
ECSAH, Bogotá - Colombia

Cuando creí que tenía todo lo necesario para pasar la cuarentena, miro la ventana y veo a ese maldito gato, la herencia de mi exnovia; hacia dos meses que se había ido del país a buscar un mejor futuro, al parecer, a la semana de jurarme amor eterno, lo consiguió, efectivamente su futuro era alto, rubio, fornido y la estaba abrazando en todas las redes sociales.

Me dispongo a salir de mala gana; aun no entiendo en qué momento los gatos dejaron de comer ratones para pasar a comer concentrado con sabor a pollo. Tomo todas las medidas de seguridad necesarias: Doble chaqueta, pantalón largo, mi tapabocas de Angry Birds y guantes de látex, me sentí como un marciano con tanto equipamiento. Para llegar al súper mercado únicamente tengo que atravesar cuadra y media, veo con sorpresa la pista de despegue desocupada (Así le llaman al parque de la esquina en donde se drogan los chicos

del barrio), me apresuro a doblar la esquina y es entonces cuando veo algo que sacude todo mi día; tras de un tapabocas de Star wars cubriendo lo que desde mi imaginación deben de ser un par de labios carnosos, rojos como una manzana a la espera de ser mordida, veo unos grandes y hermosos ojos color azucena, cabello largo y lizo, su piel de porcelana delicada.

Pude observar que entró al mismo Súper mercado que yo, apresuré la marcha para iniciar mi labor de espionaje, quizá tenía la suerte que comprara comida para gato al igual que yo, comenzó su recorrido en la zona de pastas, tomaba con delicadeza algunos productos y los ponía en su pequeña canasta, recorría pasillo por pasillo, yo caminaba con una fingida indiferencia, pero no, mi corazón latía al ritmo de “Vuela, vuela, no te hace falta equipaje”, pasados 5 minutos de deambular por cada uno de los estantes llegó mi momento de gloria, luego de planear minuciosamente el recorrido nos encontramos en sección de comida para animales, tome toda la fuerza que no había tenido hace mucho tiempo y dije con voz indiferente “No puede faltar la comida para mi gatico” jugando al azar, tentando a la suerte, quizá ella sería una amante de los gatos y allí comenzaría mi nueva historia de amor, sucedió lo que nadie esperaba, sus ojos azucena me miraron y con voz dulce exclamó: “¡Gas los gatos!” y partió indiferente.

Ha pasado 1 año luego del inicio de la cuarentena, todos los días trato de seguir la ruta de ese día en diferentes horas, quiero encontrarla para explicarle que a mi tampoco me gustan los gatos, que no entiendo nada de ellos y que podríamos hablar toda la tarde de Star wars o de cualquier otro tema, que ella con sus ojos color azucena pudiera desear.

## No exagero

*Lina María León Guerrero*  
*ECSAH, Bogotá - Colombia*

Debo comenzar admitiendo que siempre he tenido comportamientos un tanto obsesivos (nada de qué preocuparse). Vivo sola en un quinto piso en un apartamento de 36 metros cuadrados donde cada mueble, cada paquete y cada frasco tiene un lugar y una posición preestablecida y antes de salir, reviso al menos unas 5 veces que

las ventanas estén cerradas, que la estufa esté apagada, que las llaves del agua no queden abiertas y en general que no haya posibilidad de ningún incidente mientras me ausento. Pues bien, algunos días después del inicio del aislamiento, justo antes de ir al supermercado, noté algo extraño en la acomodación de mi sala, no podía sentir esa proporcionalidad armoniosa que siempre mantengo, y, claro, el borde del sofá no estaba totalmente paralelo a las baldosas, cosa extraña, porque la última semana no había tenido visitas a causa del Coronavirus y nunca utilizo ese espacio cuando estoy sola, sin embargo, traté de no prestarle mucha atención a esa pequeñez. Una mañana en el desayuno, abrí la alacena para sacar mi pocillo favorito, pero esta vez la oreja estaba hacia la izquierda y no hacia la derecha como siempre lo coloco; así que intenté hallar una razón lógica a tal atrocidad en contra del orden y la justifiqué con el estrés del trabajo desde casa. Pero el fin de semana siguiente este tipo de eventos extraños se repitieron. El atomizador con la solución desinfectante que uso para rociar mis zapatos al llegar a casa miraba hacia la puerta y no hacia la ventana como de costumbre, los pañitos húmedos para limpiar mi celular no estaban correctamente sellados, las etiquetas de la sal y la pimienta no estaban alineadas y el grifo estaba goteando... ¡goteando! Entré en pánico, definitivamente alguien había tocado mis cosas, alguien había entrado en mi casa mientras hacía las compras, ¿pero cómo? Nadie tiene copia de mis llaves. Revisé el apartamento de arriba abajo, de adentro a hacia afuera, pero no encontré más rastros. Le pregunté al vigilante, pero no había visto a nadie extraño. Llamé a mi mamá para pedirle consejo y obviamente me dijo que estaba exagerando. ¡No exagero! Por eso decidí desde hace tres semanas permanecer en vigilancia y no salir ni siquiera por comida. Y aún así, he encontrado el papel higiénico desgarrado y no por la línea de corte, los paquetes de arroz y lentejas más vacíos de lo que los he dejado e incluso he encontrado cosas que no son mías. Me invade la incertidumbre, no sé quién es este extraño del que solo percibo rastros, pero al menos se toma en serio lo del virus, pues a pesar de que no salgo, los tapabocas, los guantes y el desinfectante siguen agotándose.

# Panes y pandemia

*Luz Amanda Montes Malagón*  
*ECBTI, Tunja (Boyacá) - Colombia*

Señora Luz, ¿podemos hablar? Me quedé sin empleo. No entiendo, ¡pero usted trabaja en una panadería, joven! Señora Luz, renuncié, el coronavirus está matando a miles de panaderos en el mundo, además lo hice por la salud de todos en el barrio y por la salud de mi perrita. ¡Usted está loco!, si el gobierno autorizó a los supermercados, y por supuesto a las panaderías, a continuar laborando ¡Qué disparate hizo!, si el mejor negocio ahora es vender pan.

Señora Luz, lo hice por mi salud, la de mi perrita y la del barrio, ese virus es mortal, y este tiempo es perfecto para cuidar a Luna en su posoperatorio, le cortaron las trompas. ¡Qué trompas ni qué diablos! Gabriel, supongo que al renunciar le habrán dado una liquidación, ¡no me engañe! Sí, pero figúrese que la operación de Luna era una prioridad, con tanto perro morboso en este vecindario, y para completar había una superpromo en la que adicionaban totalmente gratis un blanqueamiento dental.

Gabriel, no solo renuncia cuando puede seguir trabajando sino que gasta el dinero en una estúpida cirugía para ese animal, y no entiendo para qué un blanqueamiento dental para una perra, ¿acaso es presentadora de noticias? Además, me tiene sin cuidado su sentido de responsabilidad del control natal de los animales; debería haber programas de gobierno, pero para el control natal de personas como usted. Solo le pido que me tenga paciencia tres meses, señora Luz.

Usted tiene ahorros, págume con lo que tiene ahorrado. No tengo ahorros, lo que tengo son deudas, y ese tema del ahorro ya pasó de moda, uno se muere y nada se lleva. Usted sabe que vivo solo de la renta de esta casa.

Señora Luz, usted está joven, es momento de ponerse a trabajar, piense en una segunda entrada económica.



— Atrevido. Tiene 24 horas para desalojar.

Usted no puede hacer eso, durante esta pandemia la ley se lo prohíbe, además mi perrita está recién operada.

Mire, pueden haber operado a su abuelita y esa pinche ley puede estar escrita en la biblia, pero usted no puede vivir más en esta casa.

— Ocho días después, al no llegar a un acuerdo, un Juez pronuncia la siguiente sentencia:

“La señora Luz es condenada a 18 meses de cárcel por los delitos de incumplimiento del decreto, estigmatización a animales domésticos en estado de convalecencia, violencia de género contra hombre y contra mascota; adicionalmente tendrá que pagar una indemnización al afectado. Si acepta los cargos se reducirá la pena a la mitad del tiempo”.

La señora Luz no acepta los cargos. Días después, Gabriel lucha por su vida, pero muere por complicaciones asociadas al covid 19. Por otro lado, la señora Luz cumple su pena privada de la libertad y llora cuando recuerda las palabras de Gabriel: “Señora Luz, el coronavirus está matando a miles de panaderos”, además, “uno se muere y nada se lleva”.

Actualmente la vivienda se halla deshabitada. Se desconoce el paradero de Luna.

## Día 100

*Mary Luz Guerrero Bonilla*

*VIACI, Bogotá - Colombia*

Cerró su libro y descansó un poco sus ojos. Día uno, día diez, día cien, hay un punto en el que los días dejan de contarse porque son exactamente iguales, lo que cambian son las noches que traen, como en los cuentos legendarios, mil y una historias. La noche es el momento del silencio, donde solo estás tú, con las bellas glorias o siendo el peor de tus verdugos.

Sintió una leve vibración, revisó su celular, pero no tenía mensajes, le había escrito todo el día. En época de cuarentena, de repente todo cambia, no estaba solo en línea, sino también escribiendo. Pensaba en todo lo que él podía querer decirle, recibió un: “hola, hermosa. ¿cómo estás?” Ella contestó con una frase que le diera un aire de mis-

terio y le permitiera avanzar en la conversación: “Confundida, no sé si ya soy un axolotl o no”. Con un emoticón, llegó la anhelada pregunta: “¿un qué?”. Así comenzó ella, en su fascinación, a contar de sus lecturas y, del otro lado, a compartir también las suyas. Como un divertido juego de ping-pong, llegaban las preguntas, las respuestas, las opiniones de la vida. Un par de horas de texto, le hicieron sentirse coqueta y atrevida, así que, con su voz más sexy, le hizo un audio corto. La respuesta no fue otro audio, fue un texto, de nuevo. Se sintió un poco tonta, pero no le dio mayor importancia y siguió con los mensajes; al fin y al cabo, la conversación era maravillosa y ahora, después del audio, se sintió más halagada por su sexy voz y entre letras subía y subía de tono. Hacia tanto que no se sentía así de excitada, era como el chiste de los lingüistas una fantasía textual. La verdad, creo que nunca había leído el sexo, ni cómo puede estar lleno de palabras, casi como un juego sexualizado.

Con todo el disfrute y la novedad, el ojo humano es siempre goloso y quiere más, por lo que la maravillosa atmósfera de palabras fue interrumpida por el sonido de timbre para una videollamada. No contestó, lo que la enojó. Con mayúsculas, le exigió que le contestará. Pero ya no hubo una respuesta de texto, ya no estaba en línea, las palabras habían quedado leídas. Respiró y, de nuevo, sintió una pequeña vibración. Había un mensaje: “Sabes que no puedo hacer videollamadas, ni audios, morí en diciembre. Ya es hora que despiertes, volviste a cerrar los ojos en el sofá”.

Abrió sus ojos, miró el celular a lo lejos, confirmó la hora, su foto de bloqueo aún le rememoraba. Limpió su rostro de lágrimas fugaces y se dispuso a dormir la hora que le quedaba antes de que iniciara el día 101 de la cuarentena.

## Soledad, ¿estás ahí?

*Robert Alexander Romero Moreno*  
VIDER / SINEP, Bogotá - Colombia

“La soledad del hombre no es más que su miedo a la vida”

Eugene O’Neill

Llevo dos noches sin dormir; los pensamientos en mi cabeza son explosiones repentinas de luz ahogadas en un mar de tinieblas y oscuridad. En un lugar muy recóndito de mi sentir, intenté comprender mi soledad, la cual, sin saber por qué, siempre he amado...

No sé cuántos días han pasado y muchos menos cuantos faltarán, el café y el tabaco incesante ya no ayudan a reflexionar, ni siquiera a intentarlo, de hecho, creo que mis sentidos se van paralizando lentamente, hasta que mi cuerpo intuitivamente da arranques de estímulos naturales de sobrevivencia. Luego de caminar en casa y divagar durante horas, me encuentro ahí, frente al espejo, dudoso, lúgubre, extasiado y taciturno, con la barba de varias semanas, la ropa de hace días y sin alimentarme debidamente, cual si fuera un vagabundo abandonado a la suerte y la penuria.

Traté de descifrar mis impetuosos sentimientos de soledad; busqué en los libros, en internet, en Brahms y Handel, en mi mente, en mis recuerdos, pero no pude descifrarla. La falta de sueño me hizo alucinar, observar imágenes, sombras, voces, incluso el sonido de la lavadora y la nevera parecían susurrarme cada vez que me acercaba a ellas, como si personificaran y dramatizaran un antiguo soneto... Cansado y confundido caí en un profundo coma... soñé y soñé como nunca lo había hecho. Perdido en mi mente divisaba etapas tanto funestas como felices de mi niñez, las travesuras de colegio, los partidos de fútbol en las calles empedradas de mi barrio, las comidas familiares, todos esos momentos maravillosos y atesorados que nos construyen como humanos. Cuando desperté todo fue diferente, pude hallar la respuesta en mi mente y comprender que, aunque amemos la soledad y seamos cómplices de ella, siempre vamos a necesitar un saludo, un abrazo o un beso de aquellas personas que son significativas para nosotros y por las cuales estamos dispuestos a entregarlo todo.

Así pues, comprendí que la soledad no solo está aquí, está en los niños, en la juventud, en los ancianos, está en los cuerpos, las mentes, incluso en las multitudes.

Porque ahora que puedo pensar claramente, concibo lo imprescindible de la soledad, lo importante que ha sido para entender que siempre es necesaria, que debemos conocerla y no huirle, que por paradójico que suene, puede llegar a ser nuestra mejor compañía, pues en ocasiones no hay cárcel más fuerte que nuestra propia mente. La situación actual trajo miseria y dolor, pugnas y cambios sociales, sin embargo, fue la perfecta oportunidad para conocerme un poco más y ver dentro de mí, a flor de piel, los sentimientos más humanos que podemos desarrollar en situaciones no contempladas por nuestra imaginación. Pero lo más importante de esta experiencia es poder compartirla con las personas que nos rodean y que tal vez se sientan solas, porque no han podido discernir lo hermosa que puede llegar a ser la soledad y los retos que trae en la vida misma.

# Confinamientos

*Víctor Manuel Peñafiel Chávez*  
*ECSAH, Restrepo (Valle del Cauca) – Colombia*

Esta es la historia de un joven que se hallaba hacía ya un largo rato postrado, en la extensión de un verdoso campo, contemplando el desollamiento de la luz del día. Veía cómo las sombras furtivas de la noche se acercaban, lentas pero inevitables, pues en época del gran confinamiento y alejado de las enormes urbes o cualquier atisbo de urbanidad, la oscuridad era su frígido cuartel de angustias y anhelos.

Todo lo que sus ojos acaparaban se resume en la providencia de un ensombrecimiento que cabalgaba al negro vivo, en la extensión de un terreno que daba la impresión de ser el núcleo primigenio de su desasosiego.

El tenue brillo naciente de las estrellas le sobrecojían fisco-neando su obrar; pues bien, había sacado una rugosa carta de su bolsillo con gran vergüenza, para leerla durante su ilustre tedio crepuscular. Empezó a desenvolverla con súbita desconfianza, a desplegarla como si estuviese desvistiendo una golosina, a sabiendas amarga; su mirada sobrevolaba las contristadas palabras, tan propias... tan extranjeras.

Leía cautelosamente, así detenerse ante cualquier muestra de fusilamiento, y aun así, sus enquistadas cavilaciones ascendían con frenesí hacia su pensamiento, producto de la efervescencia de las palabras que lo petrificaban. Pero fue en ese preciso momento que un llamado le interrumpió: “¡Rosyyyyyy!”; exclamó sonoramente una figura masculina aproximándose.

La escaza luminosidad no le permitía definir claramente las facciones de su rostro, pero semejaba un lugareño Tolstoi con una soberbia frentesota y una empastada

barba; por vestimenta, una dotación de campesino. Y continuando con su llamado, decía: “¡Rosyyyyyy! ¡Rosyyyyyy! Sal de dónde estés”.

- Buenas tardes, prácticamente noches – Se pronunció afablemente el hombre a cuatro metros de distancia.

- Si señor, muy buenas.

- Qué pena molestarle joven fermentado de ilusiones ¿De casualidad ha visto a Rosy?

- ¿Fermentado de ilusiones? ¿Rosy? – Expresé mi interrogante con leve pero genuina sonrisa.

- Si, ¿Acaso la juventud no es la época donde nos vemos embriagados por un torrencial sombrío de añoranzas? Aunque... lo que me interesa ahora es Rosy ¿Has visto a Rosy?

- Pero aún no me dice quién es – respondió consternado.

- Una yegua que dejo libre en estos campos para que sienta un mínimo efluvio de libertad; algo así como nuestras decisiones.

- Qué decirle, señor, lastimosamente no la he visto. Por otro lado, no me hable de libertad porque me agrieta.

Fue en ese instante que, como si hubiese sido necesario dos personas para convocar el relincho de un animal, se escuchó una apasionada respuesta de la yegua que decía:

«¡Hiiiiiii!;Hiiiiiii! »

- ¡Es momento de irme, Rosy me aclama! Y usted joven, deje de maltratarse con el lenguaje, pues ya he visto esa ajada carta que tiene en sus manos e intuyo que no tuvo el valor para entregarla.

El joven tampoco tuvo la valentía para responder. Pero desde entonces, todos los días, rompe la cuarentena para ir en busca de la irreverencia del viejo, en busca del relincho de la libertad.

## Solo ella

*Weimar Danilo Leguizamón Alarcón*  
*Consejería académica ZCBC, Bogotá – Colombia*

Después de un par de semanas, cuando supimos que el covid-19 no era un juego inventado por los chinos usando a un murciélago como excusa, y comenzaba a cobrar vidas en suelos latinoamericanos, nuestra preocupación creció de forma vertiginosa, no solo por el inoperante gobierno nacional -que estaba de turno- o por los adultos mayores de nuestras familias o por el desempleo, lo que verdaderamente nos preocupaba era no volvernos a encontrar y disfrutar de la vida.

Cuando llevábamos tres meses de encierro, debido a la cuarentena decretada por el gobierno distrital, decidimos encontrarnos con cinco amigos. Hubiéramos querido estar todos, pero el pánico había trascendido tanto que los que vivían al otro lado de la ciudad desistieron de la idea por ser un riesgo. Ninguno ya soportaba el encierro y la comunicación virtual no era suficiente. Además, somos de una generación que gusta de la presencia, el contacto humano, la camaradería y el deseo por compartir nuestros gustos no daba espera.

Mi casa fue la guarida que determinamos para salvaguardarnos de multas, comparendos o juzgamientos ciudadanos, por el simple hecho de estar reunidos, compartiendo unos tragos y escuchando salsa. Al saludarnos y durante la tarde estuvimos un poco tímidos, incluso nos mirábamos de reojo, con desconfianza, el antibacterial y el alcohol se usaba de forma exagerada cada vez que alguien volvía del baño o de comprar algo en la tienda más cercana. Tampoco compartíamos copas o vasos y por decisión colectiva decidimos fumar solo dos veces durante nuestro encuentro, nada que ver como lo hacíamos en los viejos tiempos, pero pensamos que era justo para todos y lo más responsable de nuestra parte.

Después de un par de horas, los tapabocas y hasta los guantes que alguien optó por llevar, fueron retirados de nuestros rostros y manos para poder cantar al unísono, incluso, cada uno “interpretaba” un instrumento con su corporeidad y al ritmo del Grupo Niche, El Gran Combo, Lavoe y la Ponceña, nos fundíamos en un abrazo colectivo, que al terminar la canción se deshacía en cuestión de segundos y volvíamos a nuestros lugares, apenados y hasta avergonzados, pues el contacto humano no era permitido. No obstante, cada vez que acompañábamos las canciones, sentíamos una especie de catarsis que hacía valer la pena esa ceremonia que se repitió hasta las dos de la mañana, cuando el cansancio terminó por vencernos.

Habíamos compartido momentos como este en otros lugares, con otras personas, con otros tragos, con otra música, pero nunca en estas circunstancias, nunca con la desconfianza del otro, con el temor de que alguien llegara con un virus a casa, nunca con el miedo de estar infectados o ser portadores de él, nunca con la zozobra de la muerte, por eso la emotividad de esas horas, llenas de abrazos, consejos, regaños y hasta perdones llenos de lágrimas y promesas. Quizás por eso no queríamos que se acabara la noche y la salsa dejara de sonar, muy en el fondo sabíamos que podía ser la última vez que nos veríamos.

# La visita

*Wilson Rivera Paniagua*  
*ECSAH, La Dorada (Caldas) - Colombia*

Enrique se quedó dormido, sentado en la cabecera de su cama luego de una jornada de lectura de varias horas. Estuvo estudiando para dos parciales definitorios que tendría al día siguiente a primera hora. Un cabezazo tenaz, que le produjo dolor intenso en el cuello, lo despertó al instante. Cerró el computador que posaba en su regazo, lo puso en la mesita de noche, apagó el televisor y se acostó boca arriba.

Los destellos de la imponente luna llena, asomados por la ventana, llenaron de penumbra la habitación. Cerró los ojos, arrullado por el silencio profundo de las 11 y 17 de la noche. No pasaron más de tres segundos, cuando experimentó la insidiosa sensación de ser observado. No se inquietó, pues no era la primera vez que le sucedía y por inercia hizo un paneo con la mirada. Todo normal.

Volvió a entregarse a los brazos de Morfeo. Sin embargo, no supo por qué, abrió de nuevo los ojos y fue cuando experimentó el terror que no había sentido en sus 21 años, ocho meses y 14 días de vida. Ahí estaba, parada contra la puerta, una mujer vestida de blanco con cabellera negra, que lo miraba fijamente. Reaccionó como corresponde a su valentía y hombría, cubriéndose la cara con la sábana.

No era una persona supersticiosa como algunos de sus familiares, especialmente Olga, su prima, a quien era común escucharla hablar de espíritus y fantasmas. Se retiró la sábana convencido que todo habría sido producto de su imaginación y del cansancio por la dura jornada de estudio. Pero se le helaron las vísceras y con ellas las cuerdas vocales porque no pudo gritar como quería. La visitante seguía mirándolo apacible, complacida por la escena y sin ganas de irse. No obstante, a pesar del miedo, esta vez no se cubrió. Se quedó mirándola fijamente, mientras la taquicardia le hizo temblar todo el cuerpo. No sabía qué hacer; la angustia, la desesperación y la impotencia lo estaban matando lentamente. Vivía solo desde que comenzó la pandemia hacía 32 días, porque su familia, que había ido de visita a la costa, quedó bloqueada por el cierre de fronteras.

La mujer, o lo que fuera, estaba entre él y la salida, por lo que era imposible alejarse corriendo, la única solución que tenía en mente. Respiró aire gélido, que entró a sus pulmones y salió convertido en una ráfaga de viento hirviente y reverberante. No le quitó la vista ni un segundo y aunque no veía bien el rostro, sabía que se trataba de

un ser espantoso. Pensó preguntarle: - de parte de Dios o de parte del diablo, ¿qué necesita? – pero se arrepintió de inmediato. Entonces, la imagen se transfiguró en algo amorfo, imperceptible, hasta que ya no la vio más. En su lugar quedó el trípode de la cámara de video, donde ese día colgó su bata de prácticas y encima la camiseta negra que le habían regalado el día del cumpleaños.

## El paso al más allá

*Yeni Paola Chavarro Valenzuela*  
*ECBTI, Saladoblanco (Huila) – Colombia*

Sentía que el corazón se le iba a salir, había corrido muy rápido al sonar el timbre del celular, que no traía buenas noticias, menos aún para una mujer próxima a los 67 años. En ese momento, escuchó pasos en su casa, por lo que pensó que su hijo había llegado de comprar provisiones para los próximos días, pues no podrían volver a salir debido a la crisis sanitaria producida por un virus que estaba en su máximo contagio y podría ser peligroso para personas en su estado, ya que sufría problemas cardíacos. Cuando contestó el teléfono, escuchó la voz de una mujer, quien preguntó si era la madre de Julián, a lo cual respondió que sí. La voz al otro lado de la línea dijo: “Señora, le comunico que su hijo ha tenido un accidente”. Ella gritó: “pero, ¿cómo?, si acabo de escuchar que llegó”. De nuevo, la persona que transmitió la noticia manifestó: “lo siento mucho, señora, pero él está aquí en el hospital de la ciudad”. En ese momento, se le vinieron las lágrimas a Jane, cómo no, si era su único hijo. Rápidamente preguntó si el accidente fue grave. La mujer, con un deje de tristeza, le anunció que su hijo tuvo un fuerte golpe que le provocó muerte cerebral. Jane cayó de rodillas al frío suelo, derramando ríos de lágrimas y gritó con fuerza. “Señora, por favor, cálmese”, le decía la mujer al otro lado de la línea. “¿Cómo me voy a calmar?, es mi hijo”, exclamó. “Yo escuché por primera vez su llanto lleno de eso que en estos momentos le está faltando, la vida”, gimió. “No volveré a ver su sonrisa tan sincera, ¿cómo me pide que me calme?, gritó de nuevo. “Discúlpeme, solo trato de ayudarla, lo que me queda por decir es que su hijo está conectado a un respirador, el cual le dará máximo dos días de vida. Lo siento mucho, señora, usted comprenderá que por la situación no podrá salir de su casa porque se vería afectada. Hasta pronto”.

Jane sabía lo que conllevaba, ya no volvería a ver a su hijo. En esos momentos, divisó una sombra que, sumado con la noticia que



recibió, ocasionaron que soltara el celular y provocara un estrépito. La señora sufrió un paro cardíaco súbito que terminó con su existencia. La mujer que le informó la fatal noticia a la señora Jane volvió a llamar un par de días después para dar el parte de fallecimiento de Julián, pero nadie contestó. La funcionaria se preocupó mucho y decidió llamar a la Policía. La señora Jane vivía sola con su hijo, pues su marido había muerto hace tres años, por lo tanto, nadie notaba su ausencia. Cuando llegó la Policía a la residencia, golpearon pero nadie respondía, así que forzaron la puerta, entraron a la casa y encontraron el cuerpo sin vida de Jane. Ese mismo día madre e hijo fueron cremados.



# Encierro entre encierro

*Gabriela Vega*

Pasan los días y sigo en casa, presa del miedo al “afuera”, ese monstruo grande y sin forma en el que ahora se transformó el espacio que hay más allá de mis cuatro paredes. Ya no sé si me siento encerrada y tampoco sé si me hace falta salir. Desde la ventana parece que puedo obtener todo lo que necesito, si es que acaso necesito algo; aire puro, rayos de sol, gotas de lluvia, perros, gatos, personas...

Esta cuarentena ha sido un cuaderno de mil reflexiones, lienzo de imaginaciones y utopías de futuros imposibles. El tiempo se alarga cada vez más y de pronto quince días ya son cuatro meses en los que la vida no ha dejado de pasar. Este proyecto busca representar las emociones y la incertidumbre que tan cambiante he tenido durante esta época, por medio de la abstracción de las imágenes.













# El encierro de los niños

*Ismael Chamorro Capdevila*

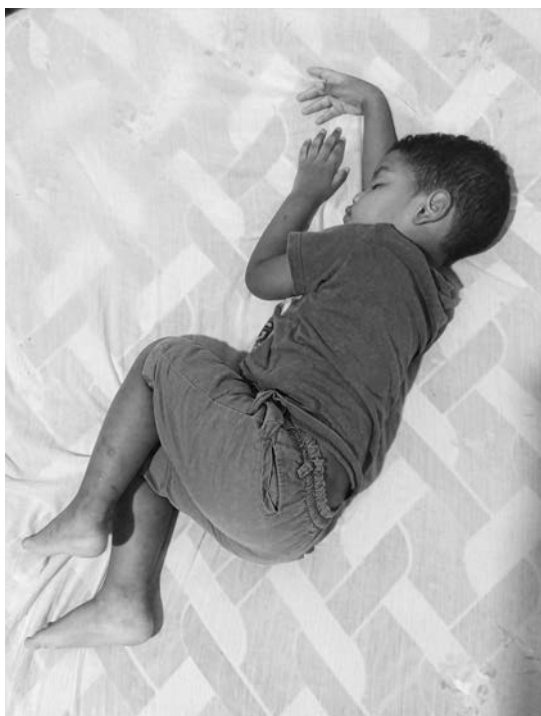
Todos tenemos una manera muy comprensiva de asumir esta situación, sin embargo los niños ven las cosas de una forma diferente, vivo en un segundo piso en uno de cuatro apartamentos que comparten un espacio común y es muy pequeño, tengo dos hijos Abryl e Ismael, y dos Sobrinos Mathias y Alina, ellos no saben con claridad lo que sucede en el mundo, ni cuantos contagiado hay, ni mucho menos se imaginan la cantidad de muertes que van, ellos solo saben que hay un virus en la calle que no los deja salir( cononavidus dice el Ismael).

Ellos son los protagonistas de mi historia, ya lo han sido en todas las anteriores, pero hoy es diferente, hoy están donde la abuela, ya va mucho desde este encierro y es el momento de salir, aunque el virus asecha aun, nuestra necesidad de ver el sol y respirar aire real nos llama ya ellos más, solo sus mascarillas y un baño de alcohol los separa de todo esto que está pasando.

Son niños afrontando esta pandemia como son, con su inocencia y malicia, además rodeado de un lugar marginal que es el lugar donde les tocó vivir a sus abuelos.











*En tiempos de pandemia, el ser personal de la salud corre riesgo, puesto que esta expuesto a la agresión de las demás personas, por eso esta foto muestra, que al contrario que Superman, debe esconder su profesión bajo su manto de heroína.*

# El diario de una enfermera

*Marcela Grace Cipamocha Cifuentes*

La enfermería es la profesión que nos lleva a brindar cuidados holísticos y de calidad a nuestros pacientes, sea en la etapa de desarrollo que se encuentren o en el tipo de curso de la enfermedad que esté viviendo; hoy en día con el tema de la pandemia, la enfermería se encuentra enfrentando uno de los momentos más críticos de su historia, puesto que esto es nuevo para todos; enfrentando cambios como toda la población en su ámbito social y económico, pero además de esto ha implicados cambios a nivel profesional, que no solo afectan laboralmente, sino que adicionalmente afecta su diario vivir.

Con esta crónica fotografía, se busca plantear como es el diario vivir de una enfermera, que debe enfrentar una pandemia, estando en la primera línea de atención y todo lo que conlleva para el transcurso de su vida.



*Iniciando una nueva jornada, con toda la actitud positiva a pesar del dolor que ocasionan los elementos de protección, creo que los ojos son el reflejo de lo que sentimos.*







*El peor sentimiento que se genera al momento de atender un paciente, la incertidumbre que ocasiona el no saber cuál de tus pacientes podría ser un potencial foco de contaminación, sin embargo, la vocación nos hace un llamado constante a estar listo al frente*



*La pandemia no solo ha dejado huellas psicológicas y sociales; si no que también ha dejado las físicas; si antes el lavado de manos era fundamental para nuestra labor, ahora este se ha vuelto una regla de oro para combatir el virus, pero esto conlleva a dejar marcas en nuestra piel, como la dermatitis.*



*Un respiro durante la noche, siendo el tapabocas tu mejor aliado contra un virus que no respeta edad, raza ni género.*



*Por fin llega el fin de la jornada; haciendo todo lo posible para brindar los mejores cuidados a tus pacientes; después de 12 horas te queda, mucho sueño, una vejiga a reventar y las ganas de comer y beber todo lo que no pudiste durante tu jornada laboral.*



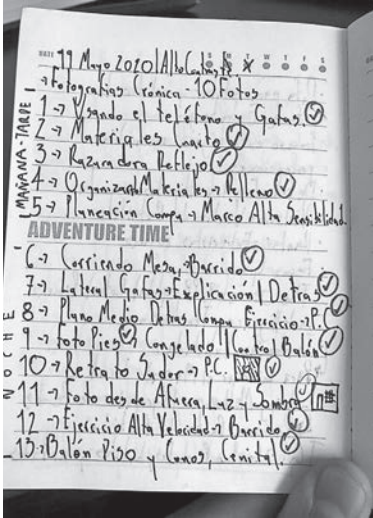
*Antes de la pandemia, llegar a tu casa, significaba ir directo a la cama luego de una larga noche; ahora cuando eres un potencial peligro para tu familia, un balde, espray y un baño hacen mas larga la jornada, pero te dan la seguridad de que estás haciendo todo bien, por tus seres queridos.*



*Y llega ese momento, en el cual puedes descansar, desconectarse por unas horas de todas las preocupaciones que te genera el ser una enfermera; prepararse para una nueva jornada, como siempre con toda la vocación hacia el prójimo, porque al final de cuentas todo parte del amor al arte de cuidar.*

# 2x2

Rubén Darío Ávila



Los cambios sociales que trajó la pandemia son múltiples, evidenciaré en esta crónica como negocios tradicionales tuvieron que reinventarse y seguir con su trabajo haciéndolo de otra forma. 2x2 es una crónica fotográfica que será realizada enteramente en casa y en la cual retrataré a mi padre, quien hace 4 años lleva la academia de fútbol EmmanuelFC y debido a la situación actual cambió su modelo a clases de fútbol virtuales. 2x2 metros es el nuevo espacio de entrenamiento, es hacer una clase desde casa, es hacer ejercicio en videollamadas, es mantener a niños y jóvenes haciendo otras actividades, es mantener viva la llama del fútbol.



*2x2 es la historia de un profe de fútbol, (mi papá) que cambió su entrenamiento a clases virtuales desde casa, para sus alumnos. La pandemia por ahora parece que colgó los guayos.*



*Antes de clase la prepara cuidadosamente. Alista materiales, se arregla, se peina y se cepilla los dientes. Es como si fuera en la cancha, en el campo de juego*



*Organiza la sala, mueve objetos, prepara su espacio de entrenamiento. Se necesitan de mínimo 2 x 2 metros para esta noche una vez más, jugar con el balón.*



*Escribe por grupos de WhatsApp, conecta niños y está pendiente de quienes van llegando para darles las buenas noches. Da instrucciones para el entrenamiento de hoy*



*El cuarto de materiales antes se encontraba en una oficina, ahora está en el apartamento, utiliza un cuarto entero como bodega, ahí atesora sus más apreciados trofeos y materiales de trabajo.*



*Sus herramientas primarias ahora son su teléfono y su portátil. El profe en cada entrenamiento espera impaciente a que sus deportistas acudan al llamado del balompié.*



*La clase es de pases, los compañeros de hoy se llaman pared y silla. El profe motiva a los niños y les explica la técnica para hacer un pase tipo Johan Cruyff, jugador al que admira por su destreza con el balón.*







*Todos en el barrio conocen al profe, siempre va con una sonrisa saludando gente. Los entrenamientos son intensos y por eso todas las noches en la 100 con 70 hay una puerta abierta para el fútbol.*



*Ajustar, corregir, motivar. No hubo tantos niños, antes eran 200 hoy son 7. En el cierre se reflexiona sobre la clase, se lee un texto motivacional relacionado con la pereza, la derrota y el fracaso. Cada detalle se diseña.*



*“Nunca perderemos la esperanza de un mundo mejor, todo llega por algo y aprendemos, Dios está con nosotros, seguimos”.*



Me  
mo



ria  
**Memoria**

---





Presentación del capítulo

# Fotografía y Memoria.

*Pablo Felipe García*

*Docente Unidad Sociohumanística, ECSAH*

“De ahí que cada sociedad pueda  
definirse por la epidemia que la amenaza  
y por el modo de organizarse frente a ella”

Paul Preciado

La sacralidad suntuaria de la fotografía se manifiesta en su incuestionable comunión con la memoria. Tiempo y memoria retribuidos en la ritualidad efímera de un instante, “Lo que la fotografía reproduce al infinito únicamente ha tenido lugar una sola vez...” (Barthes, 1990, p.31), un momento preciso atrapado en un mas allá del tiempo, en una lejanía tramitada que aspira actualizarse con la mirada o el tacto de un(a) testigo. La fotografía trasmite lo sagrado, y es en lo sagrado que habita la fotografía. Un acontecimiento aurático que envuelve lo enigmático que se esconde dentro de la imagen fotográfica y la circunscribe en una desnudez soberana, donde la ilusión de la imagen-signo se transfiere por el delirio propio de quien la observa o la siente: la fotografía exige la destrucción del tiempo lineal y el advenimiento orgiástico de la singularidad de la memoria. Si la fotografía es la epifanía de lo sagrado, el arte de fotografiar es la consumición barroca de un gasto improductivo, donde la pérdida debe ser lo mas grande posible para que adquiera su verdadero sentido. Fotografiar es producir imágenes sagradas que han sido estéticamente arracadas de la cotidianidad para ser consteladas en un ahora por llegar, un puro afuera que narra el gesto de un presente con la inquietud donataria de transferir una imagen nómada que espera ser atrapada por un alguien que la viva y la sienta. La imagen fotográfica es una práctica política de la cotidianidad, y la nuestra es, en este momento, la realidad cotidiana de la pandemia. En este sentido, el vínculo enactivo de un encierro pandémico que pone límites entre un afuera abismático y un adentro claustrofóbico, permite constatar, por medio del lenguaje performativo de la fotografía, los testimonios y los poblamientos de una memoria colectiva que espera triunfar ante la adversidad y los discursos

neofascistas de una sociedad pandemizada, para lograr así cuestionar no solamente el presente, sino las interpretaciones que se tengan del mismo en el futuro.

*Bibliografía:*

Barthes, R. (1990). La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía. Paidós: Barcelona, España.

Bataille, G. (1987). La parte maldita. Icaria: Barcelona, España.

Benjamin W. (2014). Breve historia de la fotografía. Casimiro libros: Madrid, España.



# Milagros en la pandemia

*Alicia Elizabeth Paredes Gavilanes*  
*VISAE, San Juan de Pasto, Nariño - Colombia*

Juan, un joven policía matriculado a Ingeniería de sistemas, cumplía con sus deberes académicos con gran entusiasmo y dedicación cuando llegó el COVID19; se paralizaron entonces sus tareas y obligaciones. ¿qué pasó? Escribe a su docente: “Lo siento profe, se me dañó mi computador y no encuentro manera de que me lo reparen, estoy perdido” “nadie me presta uno, todos en la familia lo ocupan con sus hijos escolares en la educación por internet debido a la cuarentena” “Los técnicos no abren sus talleres todo está cerrado, nadie sale, hasta aquí llegue con los estudios”, necesito aplazar el semestre”.

Pero nada de eso pasó, se hicieron muchas sugerencias y se buscó alternativas de solución, se le motivó: “ánimo, no abandones, no pierdas tu dinero, intenta, trata, tú puedes, etc. etc. Hasta que encontró en internet la solución; un aviso que decía “Alquilamos computadores”. Se logró el milagro y vinieron las alegrías para Juan, renovó con más ahínco y entereza sus actividades académicas y va ya a culminar su semestre con excelentes calificaciones.

Alejandra, -una secretaria matriculada en Administración de empresas- se encontraba en una situación muy diferente a la de Juan, nuestro policía; ella arrastraba el peso que implica el rendimiento académico precario... no queda tiempo, tengo mucho trabajo en la oficina, mi pequeño hijo me ocupa todo el tiempo libre, mi esposo...a él no me lo aguanto, rezonga que no le dedico tiempo; que llego a “perder tiempo en el computador”... todo me sale mal, no puedo organizar mi tiempo, duermo mal, me deprimó, lloro mucho, me duele todo...

Llegó la cuarentena por la Pandemia y con ella el milagro bajo el brazo. La orden superior en la oficina: “A trabajar en casa” y medio de la incertidumbre generalizada, sintetizada en un ¿“Qué va a pasar”? Alejandra afirmaba un poco más aliviada “con mucho esfuerzo y dificultad logro organizar mis tiempos de secretaria, mamá, esposa y estudiante. Todo está cambiando, cumplo con las obligaciones de mi oficina virtualmente, cuido a mi hijo, mimo a mi esposo, y he mejorado notablemente con mis tareas universitarias. Todo es mejor. ¿Hasta

cuándo nos durará la pandemia del covid19? ¿Por cuánto tiempo se extenderá para mí el grandioso milagro?.

Mientras tanto, en los medios de comunicación afirman que toda Colombia y el mundo está esperando el gran milagro de que termine el aislamiento, el fin de esta pandemia. Tarea muy difícil, en nuestra región, integrada por zonas donde las recomendaciones de las mínimas prácticas sanitarias, del uso de tapabocas, lavado de manos, no salir a la calle, del cuidado de nuestras personas mayores, de nuestros enfermos crónicos de hipertensión, diabéticos, obesos no se cumplen y por ello cada día incrementan los casos de COVID19. Ojalá este esperado milagro llegue pronto a nuestra querida Colombia, dice la mayoría.

## ¿Volveremos a ser los mismos seres humanos?

*Clemencia del Socorro Álava Viteri*  
ECBTI, Pasto - Colombia

*En el caos final de la humedad y las noches eternas,  
el único vestigio de lo que fue la vida serán las cucarachas.*  
Gabriel García Márquez

20 de mayo del año 2020. Día 57, 59 o 60 de aislamiento obligatorio. Ya perdí la cuenta. Lo cierto es que mi vida no es igual. Ayer, cerca de la media noche, o quizá era ya la madrugada - da igual -, me volví a bañar con abundante jabón Rey; porque es el mejor. Así lo dijo el científico, deportista y cantante más reconocido del país, y hasta el Ministro de Salud. Para una mejor asepsia, siguiendo los consejos de las redes sociales, cada vez que toco el control remoto del televisor, mi celular, las teclas del computador, me aplico en abundancia un preparado especial que contiene gotas de cloro, alcohol de 70°, vinagre y jengibre; también tomo té verde y naranja para fortalecer mi sistema inmunológico.

Nuevo día. Hoy tengo pico y cédula. Puedo salir. Tapabocas, guantes, gafas, gorra, gel antibacterial y, ya en la calle, distanciamiento social. Regreso a casa y vuelvo con la rutina de baño con jabón Rey. Y así llevo 57, 59 o 60 días de aislamiento obligatorio... Ya perdí la cuenta.

Nuestra vida está cerca de convertirse en una paranoia. Lo cierto es que la humanidad está en peligro, sea cual fuere su raza o condición y estés donde estés.

Si no queremos que esto vuelva a ocurrir, recordemos que somos apenas una mínima proporción de seres invitados a este gran paraíso que se llama Tierra. No estamos solos. Nuestra convivencia es más sencilla gracias al agua, el mar, los animales, la naturaleza y todos los seres vivientes que aquí habitan. La misión de los seres humanos no es destruirla, pues la evolución de la vida ha tomado millones de millones de años, como para destruirla en unas pocas décadas.

Qué cosas simples hoy extrañamos: volver a vernos, abrazarnos, caminar por un sendero, sentir el afecto, compartir con los amigos, asistir a un aula de clase y compartir la presencia de los estudiantes; en fin, relacionarnos con el otro.

Entra la noche. Soy optimista. Sobreviviremos preguntándonos, como el Principito, “si las estrellas están encendidas, para que cada cual pueda un día encontrar la suya”. Seguramente sí, pero tendremos que ser mejores seres humanos, más solidarios. Y escogeremos como nuestros líderes a quienes destaquen la vida y se ocupen de los que nada o poco tienen, líderes que privilegien el medio ambiente y la educación; porque, si ninguna enseñanza nos queda y seguimos igual, van a coronar en un futuro no muy lejano, a una cucaracha como la mujer más hermosa del universo.

## **Cuentos de horror, de amor, de ficción y otros más en un mundo pandémico y distópico.**

*Edwin Manuel Páez Barón*  
*ECAPMA, Tunja (Boyacá) - Colombia*

De repente, sin dar lugar a la preparación, sin un espacio de tiempo para analizar, para comprender una nueva realidad, nos encontramos aislados en nuestro hogar, dando inicio así, a una historia con muchos protagonistas, en donde cada actor tiene una versión y una vivencia diferente de su propio cuento.

Para algunos resultó la oportunidad perfecta para encontrarse consigo mismo, para mirarse y conocer, no solo a su “yo” interior, sino también, para conocer a las personas que habitan su entorno, a las que dice familia, con las que compartía algunos momentos en su día a día, escasos en muchos casos, imperfectos en otros, pero que ahora tendría la oportunidad de conocer más a fondo.

Así nacieron muchos cuentos e historias, unas mágicas y llenas de amor, en las que se dice, la cuarentena se volvió el escenario romántico de los novios o esposos para vivir el idilio, el amor, el deseo y la pasión veinticuatro horas al día que se consumían en la vivencia de ese mágico sueño del amor. Otros, menos afortunados, por el contrario, empezaron una historia de horror, una pintura representativa de la injusticia y la desazón humana; las veinticuatro horas del día se consumían tratando de comprender dónde quedó ese ser mágico que los enamoró, entender cómo se transformó en el monstruo capaz de causar dolor físico o moral, ese mismo del cual ya no brotan frases o miradas de amor, sino destellos de furia y desprecio que hieren y se clavan en lo más profundo del alma, causando una lenta agonía que solo la muerte podrá aliviar; son seres que bajo un mismo techo sufren la condena y el castigo que el desamor les impuso, pero que no tienen la valentía de dejar al otro volar.

Para otros parece un cuento de ciencia ficción y policíaco; un enemigo invisible a los ojos ha creado un ambiente de duda que nos ha hecho desconfiar del otro que ahora representa un encuentro potencial con la muerte que desde su boca pueda brotar, convirtiendo el aislamiento en el escudo más poderoso y seguro en esta guerra. Muchos se han convertido en detectives, tratando de seguir el rastro de ese asesino microscópico, otros han tejido diversas teorías y conspiraciones, queriendo justificar su origen como un arma que busca desestabilizar el mundo y volver a renacer con nuevas potencias que tomen ese trono del poder. Quizás no hemos analizado que su origen y a la vez su propia extinción, está en un cambio de hábitos, en la comprensión de que aquello que era normal a nuestros ojos, representaba en realidad el infierno dantesco de los demás seres del planeta.

Y aquí estamos aún, viviendo una historia de suspenso, o tal vez un cuento de horror, vivíamos en un mundo fantástico que nunca supimos valorar, y hoy tan solo anhelamos, que ese enemigo desaparezca tan rápido como llegó, para volver a las calles y retomar esa libertad subvalorada que solíamos vivir. No sabemos cuándo, no sabemos quiénes, no sabemos la nueva realidad, pero algo es seguro: jamás volverán en su misma intensidad los abrazos y besos que solía-

mos brindar, ya que, a partir de ahora, la distancia será nuestra nueva normalidad.

## Tres palabras

*Elizabeth Salamanca Rodríguez*  
*ECSAH, Duitama (Boyacá) – Colombia*

Don Augusto se apoyó en el rústico bastón para recorrer los pasos que lo separaban desde su sillón desfondado hasta la puerta y abrir al mensajero. Este le entregó un sobre, que además de los datos de destinatario y remitente, tenía un sello de devolución a causa de no encontrarse nadie en el domicilio indicado. Era la tercera vez que el sobre volvía a sus manos desde que comenzó el confinamiento general, situación que ya se presentaba reiterativamente hacía dos años, época desde la que -sin éxito- lo enviaba semanalmente a la misma dirección de su pequeño pueblo natal, sumergido entre lejanas y frías montañas.

Lo abrió con cuidado mientras curioseaba desde la ventana el ascenso de la vegetación cercana y la danza de las flores secas, cuyo movimiento era la única señal de desparpajo entre el vasto silencio de la tarde. Tomó la hoja que venía dentro, percibió su propio perfume reflejado en esta, y tras un ligero sollozo la colocó bajo el pisapapeles, lista para reenviar al día siguiente con un rótulo fresco.

Realizaba fielmente este ritual de envío y recepción del sobre cada semana, un protocolar que vinculaba al único mensajero que lo transportaba, y a la solitaria empleada de correos del pueblo quien al recibirlo siempre protestaba: - ¿De nuevo este paquete? ¡Caramba! Por milésima vez, ese señor debería comprender que esa casa sólo la habita el aire. Sin embargo, y pese a la innata pasividad del lugar, la señora continuaba con el reparto y entregaba la encomienda al muchachito que hacía las veces de mandadero, quien diligente llegaba a la casa del destinatario, la cual emergía entre matorrales de lirios y rosas negras, y en donde tras unos cuantos golpecitos en el rugoso portón, nadie atendía a su llamado y nada parecía moverse dentro.

Avanzaron dos semanas desde la última devolución, en la cotidianidad que el confinamiento ciudadano había incorporado a la vida de Don Augusto. La soledad que por tiempo atrás no le fue esquivo se instalaba ahora como inseparable compañera de casa. Una tarde,

cuando cautivado observaba las garzas regresando a sus nidos, cuyo aleteo apreciaba con mayor nitidez, golpearon a la puerta. Se levantó sigiloso para abrir a su único visitante. El mensajero lo aguardaba sonriente.

Los labios del anciano se estiraron igual, al examinar el sobre que no era una devolución, sino por fin la contestación anhelada por años. Agradeció felizmente al muchacho y volvió al viejo sillón donde aún reposaba su huella corporal. Pese a la espera, rasgó el paquete con la serenidad acumulada por meses. Contenía una sola hoja amarillenta y escrita con tinta marrón. Don Augusto la olfateó; era el olor que imaginaba, el cual viajó a su corazón en forma de suspiro. El cuerpo de la carta consistía en tres palabras: “Tumba Número Cincuenta”, y en la firma, solo estaba escrita la letra inicial del único nombre del remitente: M.

Don Augusto sonrió entonces, volviendo la mirada infinita en dirección a su pueblo. Finalmente había llegado la respuesta acerca del lugar donde alojaría su último y eterno sueño.

## Cueva de oro

*Huber Alexander Córdoba Moreno*  
*ECSAH, Pasto - Colombia*

Cuando un ser habita muchas dimensiones a la vez es casi imposible verlo en una sola. La naturaleza pretende la eternidad, pero no procura en ningún momento que alguno de sus individuos la posea. Ahora, un nuevo enemigo nos amenaza, viene de otra densidad luchando como todos por existir; no lo vemos, pero ahí se encuentra, promueve un mundo antiséptico. ¡Quién lo dijera, con lo sucio que se me antoja!, cual semilla de diente de león, pero sin alas, como la garrapata se aprovechó del contacto físico para prosperar.

Amarrado de pies y manos a un envoltorio azul, con una máscara que no le deja respirar, William atraviesa esa puerta blanca, tan limpia, pero que ahora se percibe sucia. “Caso tentativo”, refiere en la orden de alimentación hospitalaria. Recuerda que apenas hace un par de semanas Víctor era un paciente común y corriente con una patología manejable; tocar el picaporte, imaginar la corriente de aire que, producto de esta acción, agita el virus que practicará su caída libre, suspira y da el temible primer paso, tembloroso, con la bandeja en la

mano, intenta no tocar nada a su alrededor. “Muy buenos días”, saluda a Víctor. Se ven a los ojos, sin decir palabra, pero entendiéndolo todo. Acostado en la cama, Víctor se muestra asustado. De repente es el protagonista de una pandemia que, desde fuera, mientras jugaba fútbol con sus amigos, solo eran números: ¿Cuántos infectados, muertos y recuperados? Información impersonal que indudablemente no encierra la sensación que ahora Víctor expresa en esa mirada, confinado a la espera de un resultado.

William, testigo ya de algunos casos positivos y negativos, lo mira un segundo, callado, con algo de ternura y un matiz triste. Ya ha visto morir a varios con esa mirada y salir sonrientes a otros de situaciones similares. “Que disfrute sus alimentos”, le recomienda, lo mira nuevamente y sonríen los dos, sonríen con los ojos como en la actualidad hemos aprendido. William sale de la habitación ya más tranquilo. Le sucede siempre lo mismo cuando entra a una habitación de pacientes con posible coronavirus; entra como a la cueva de un monstruo, pero el monstruo no se ve, se ve al asustado paciente, a la vida expectante del ser humano que recibe un ultimátum, al padre, al hijo, a la abuela, a la sobrina, a la profesional, al estudiante, al jovencito que escuchaba el susurro de la radio promoviendo el autocuidado con base en las estadísticas, pero que juega fútbol sin tapabocas en el barrio, que aprovecha con sus amigos las calles vacías, los días que ahora para muchos parecen festivos. No entienden el aislamiento obligatorio. William reflexiona en todo esto mientras rocía toda su indumentaria con alcohol. Lo veo desatarse cada nudo, ensimismado, callado, pensativo. Ahora fue su turno, mañana será el mío, ya no decimos nada, simplemente esperamos con temor el siguiente día. Miradas como las de Víctor nos motivan a seguir, la cueva no es la habitación, el monstruo no es Víctor.

# Desesperanza

*Johan Stefan Marulanda Bernal*  
*ECSAH, Bogotá – Colombia*

Destellaban los primeros rayos cálidos de la luz del sol, aparecían entre las polisombras agujereadas que servían de paredes y las tejas de zinc que servían como techo, en aquel cambuche hechizo, desbaratado y casi por colapsar, que Carlos había construido como hogar para su esposa y sus tres hijos. Este se encontraba en un lote baldío tomado junto a otras veinte familias más, años atrás.

Otro amanecer más, como cualquier otro para Carlos. Un día más de penumbra, al límite entre la desilusión cotidiana y el abatimiento constante entre sus ganas de seguir viviendo y el hecho de estar enfrascado en la imposibilidad de cambiar su agónica y angustiante realidad, sumergido cual ahogado en un desánimo constante que aplacaba sus fuerzas e inundaba sus pulmones de ríos de pesimismo. No era para menos, desde su fe católica heredada desde niño, Carlos sentía que absolutamente todo el transcurso de su vida era un viacrucis rutinario que lo envolvía en una desmoralización asfixiante.

De repente, por aquellos días, se sumó como un cajón de yunques a su espalda el peso de un caos generalizado por la pandemia que comenzó a colapsar la ciudad, esa ciudad que siempre le había dado la espalda, pero que, sin embargo, Carlos veía con algún anhelo de ilusión y esperanza. A pesar de todo, en el fondo, conservaba el optimismo y creía que era el lugar ideal para sacar la cabeza sumergida en el fango a causa de la violencia en su pueblo. Justamente, la violencia siete años atrás lo desplazó junto con su madre, quien murió un año después de su llegada a la ciudad por un cáncer de pulmón, que agotó su respiración hasta el último segundo, tirada en una fría y sepulcral camilla de hospital.

Ese recuerdo marcó a Carlos, sentía que retumbaba en su cabeza y se sumó al caos generado por la pandemia y al miedo a sentir el dolor y ese ahogo jadeante en sus pulmones ante la imposibilidad de respirar. Si bien eso lo llenaba de miedo, más le aterraba y llenaba su cuerpo de escalofríos pensar en la posibilidad de contagio de su esposa y sus tres hijos y que fueran ellos quienes pudiesen sufrir aquel martirio. Recordar el sufrimiento de su madre le hacía temer más y pensar que no se podía permitir vivir nuevamente ese dolor para él o su familia.



Entre dichos pensamientos y recuerdos, Carlos salió a la puerta de su hogar con la mirada puesta en el firmamento; divisó la ciudad desde la loma; escuchó el sonido de sirenas policiales y ambulancias retumbantes; percibió el aire asfixiante de la angustia generalizada en el entorno, la desmoralización y el abatimiento por la imposibilidad de quedarse en casa. Carlos partía, como todos los días, con su rostro desencajado, su cuerpo cansado, sus pasos desgonzados, tapando su boca con una pañoleta hecha de una camiseta vieja, hacia un nuevo día de la mano de su amiga la desesperanza.

## Una historia diferente

*Juan Alonso Gaviria Quintero*  
*ECAPMA, Bogotá - Colombia*

En medio del dolor, el confinamiento y la distancia no mueren los sentimientos, crecen los recuerdos, y se desvanece la sobriedad ante la posibilidad de consumirse en pedazos, de reflejar esos desgarreros que provoca el mantenerte atado a la vida.

-- Sebastián, ya habías sufrido por amor, no entiendo por qué arriesgar los pedazos que quedan de ese roto corazón.

-- Tal vez no lo entiendas, esta historia está escrita de una manera que difícilmente sería rotulada, es un compromiso que parece confuso e incoherente, no lo hay, pero igual ella conoce su idioma.

Aún conservo el aroma de su cabello, quedó luego de un abrazo que me llenó de energía, porque su latido fue sentido adentro y profundo en mi pecho. Y sin su culpa, pues fui yo quien aun sin fuerza para querer, pero débilmente queriendo, se enamoró de esa sonrisa en la madrugada, donde el tiempo sucumbió, al parecer tan poco, entre tantos recuerdos; con sus alas me permitió volar al tomarme en sus labios y sacarme de mi siniestro infierno, el brillo de sus ojos fue como una luz en el firmamento, señal débil que me permitió de nuevo sentir vida. Y con sus palabras me hizo creer que podía mantenerme en la tarea de hacer que cada día fuese algo nuevo, sobre cada momento, rompiendo los esquemas, perdiendo los miedos y alimentado los sentimientos, aunque parezca una locura, es una bella historia donde yo tengo el final y ella fue su comienzo.

No he podido dejar de sentir la euforia de esa vida viciosa de una sociedad que entre tumultos y desorden vivía sin tener una razón,

finalmente creo, ahora todos nos sentimos perdidos, encerrando nuestros momentos.

--¿Y después de todo eso no sientes miedo?

-- Por supuesto. Temo que el tiempo consuma los sentimientos, temo que el silencio borre su voz de mis recuerdos, temo a la oscuridad de las noches sin el brillo de sus ojos, temo a la tristeza de no tener su sonrisa, temo no sentir la fuerza para tomar sus manos, temo saber por qué al ser cobarde fui permisivo en distanciarla, temo que el tiempo se nos agote sin gritar a los cuatro vientos su nombre, entre deseos de una nueva oportunidad.

Pero sin importar tanto miedo, aún conservo la esperanza...

--Con el dolor acumulado, el desamor desbordado, el corazón hecho pedazos, ¿no sería mejor estar solo?

--¿Sabes? Le perdí miedo a la soledad, por eso busco enamorarme, aunque en medio de esta situación, la que te dificulta el contacto físico, puedes tocar el alma y el corazón de quién deseas... Si sabes usar la fuerza de tu espíritu.

Sales a volar con las alas de la imaginación llenas con la fuerza de los recuerdos, sus momentos, para creer en un futuro, iluminas con sonrisas, escondiendo el dolor y los miedos. Si hay amor, por ti y por alguien más, vive enamorado, enamórate, pero sé y haz feliz... Esa es la esperanza de un nuevo día, una nueva vida...

Así escribes, junto a ella, esta historia diferente.

## ¿Pasará?

*Karen Tatiana Hortua Hortua*  
*ECBTI, Chipaque (Cundinamarca) - Colombia*

Ella que se mira en el espejo, buscando encontrar resultados lanzando una sonrisa por su ventana, ella que ves cada mañana encontrando la salida sin salir de su casa. Ella es hermosa a pesar de escuchar sus cualidades, por no encontrar una alternativa de poder viajar a la luna sin ser vista por aquel parásito que la busca, ella es invencible porque se esconde dentro de su cabaña; ahí se dice que está la felicidad, el poder y la salida, para no ser vista por un parásito que ronda en las esquinas de ese lugar que habita. Ella no tiene miedo, porque el miedo es lo que quiere el parásito para ganar y obtener su energía. Recorre todos los lugares de su casa, recordando aquella vez que el

amor y la alegría la abrazaban, sin esconder su boca, sus manos. Solo dejando que todo fluya dándose cuenta que, ofendiendo, humillando y burlándose, podría tenerla arrepentida de no haberse enamorado completamente, alegrándose de lo que tiene, y puede ver, sin importar como sean, eso fue lo que ella no vio. Ahora los minutos transcurren, ella llora; no haber dicho una palabra que por más pequeña que fuera, llenaba el corazón de la persona. Los días iban pasando la esperanza de ver esa luz que chocaba con el cuerpo, la naturaleza se topaba con la mente y los pensamientos viajaban hacia la luna. Pero ella entiende que ahora su naturaleza es su mente, la luz es el reflejo de la ventana; para avisar que ya amaneció, sus pensamientos son las ideas que pasan cada vez; recordando el tiempo perdido allí. Sí, esto es paciencia; pero lo que ella sabe es que este tiempo que durará ocultándose del parásito, la hará retomar fuerzas obteniendo más sabiduría, fortaleza en sus músculos y convicción por quien es ahora, podrá ser mejor aprendiendo a analizar los errores, mejorando cada cosa que se proponga hacer bien.

El encierro no es una cárcel, si se colocan las ideas a luchar juntas contra lo que se cree que es imposible. Era el día 21, ella estaba en su casa leyendo, escuchando a Beethoven su música favorita, soñando con poder entrar en aquel libro que leía, que ironía la fantasía ha entrado en ella, ni sabía que podía obtener tanta armonía en el alma. Ella mira su pelo en el espejo, no sabía que tenía un lunar en la oreja, no pensaba que en su cuerpo tenía el universo, como pudo estar tan distraída pensando en lo que dirán, y no había visto que en su cuerpo habitaba la constelación, ella sabe que no está sola, que lo que tanto quería, ahora lo tiene su alma y viajar al universo; siempre estuvo con ella. Ella sabe que ganará contra el parásito, porque aprendió a amar lo mínimo, viendo lo que es ella sin escuchar otra voz. Esta es la batalla, ahora no es el que mata, sino el que se oculta, protege y admira, viajando por el horizonte.

# ¡Maldita pandemia!

*Lina marcela Gómez Posso*  
*ECEDU, El Cerrito - Colombia*

Hola, Martin.

Soy Ali y te escribo esto desde mi oscura, fría y tétrica habitación. Usted que me lee tanto, espero pueda comprenderme y ayudarme. Tal vez, quiero que alguien me escuche.

Conversaba yo con mi cortina azul, en serio, ella me habla y, me aconsejó que la matara, pero no, no, no, no.... ¿cómo voy a matar a mi esposa? Si ella es la que me ha aguantado durante estos veinte años. A veces la odio porque no fue capaz de darme un hijo, mentira, mentira. Eso ya lo acepté.

Aunque, a veces la cortina me decía que, si la mataba, yo sería libre, libre de ir a matar a esos chinos que inventaron ese virus, ese maldito virus que me quitó la libertad de cumplir mi gran meta, la meta de volver a viajar en el tiempo. Sabía que esto iba a suceder.

¡Malditos sean esos chinos! Yo sé que fue ese tal Hui Ying. Él me lo decía, me lo decía varias veces. Ese hombre era malo. Estudié con él en la universidad cuando estudiaba yo física y él medicina.

Sé que podré viajar en el tiempo otra vez. Ahora que no puedo salir de este maldito claustro llamado hogar, me siento frustrado por no poder evitar esta pandemia. La cajita del tiempo está en el lugar donde trabajo, al otro lado de la ciudad.

Repito, todo es culpa de Hui Ying. Él me decía que inventaría un virus para matar al menos cien millones de personas, era un loco ese desquiciado.

No sé por qué mis manos están ensangrentadas, la cortina me dijo que no fue mi culpa, que fue un accidente, que fue don cuchillo el que la quería matar, que la quería matar porque ella me decía que yo estaba loco y que era imposible lo que le decía. Gracias por creer en mi palabra, señor cuchillo, debo darle un baño para que pueda obtener su color plateado de nuevo.

La enterré en el patio de la casa, ojalá la vecina de al lado no se haya dado cuenta de nada. Ya no tengo quien me juzgue.

Igual, no me importa. Sólo debo viajar en el tiempo para salvar al mundo.

Llegué acá en el año 2000, a los treinta años de edad, me gustó más el futuro, pero me arrepiento de haberme quedado, pude matar a ese maldito chino antes de mi viaje y no pude regresar al 1970

porque la cortina no me quiso dar las instrucciones de regresar, se puede ir al futuro, pero no volver al pasado. Fui un fracaso.

Me tengo que ir. Mi esposa ha vuelto, está sentada en mi cama. Me dijo que ella ya estaba lista para apoyarme en todo y que me acompañaría hasta el otro lado de la ciudad por la cajita del tiempo, tenga en cuenta algo: Si no vuelvo a escribir es porque me contagié. Si en cinco días no sabe de mí, no olvide el nombre de Hui Ying.

## Contagiados

*Lisbeth Ibáñez Navarro*  
*ECSAH, Astrea (Cesar) - Colombia*

¡Y sucedió lo inesperado!

Cuentan los abuelos que esa noche todo fue muy extraño, se sentían rodeados de un silencio profundo e inusual en el pueblo. No cantaron las cigarras ni salieron las luciérnagas como de costumbre, soplaban un viento helado que calaba los huesos... jamás habían percibido algo igual, todos murmuraban que algo raro estaba por suceder. Llegó el amanecer y con ello una realidad insospechada: las calles en completa soledad y silencio, una a una las puertas de las escuelas se fueron cerrando, las tiendas de barrio poco a poco dejaron de abrir, el supermercado limitaba sus empleados y clientes al igual que otros locales comerciales; en los parques ya no jugaban los niños, los feligreses no iban a la iglesia, las familias no salían de paseo ni tampoco de viaje, quedaron restringidas las visitas a familiares, amigos y personas cercanas, el hospital funcionaba a media marcha y los habitantes eran obligados a permanecer en sus casas. De ese modo dejó de existir el contacto social. No era claro lo que estaba sucediendo, pero debían ser sensatos y, por ende, resguardarse.

Todo transcurrió así por varias semanas, la incertidumbre era colectiva; sin embargo, aquello tan extraño de lo que tanto hablaban los abuelos no parecía ser cierto, hasta el momento nada insólito había ocurrido y todo parecía estar en completa calma.

Con el pasar de los días todos fueron siendo testigos de lo presurosa y cambiante que suele ser la vida... ya los niños no asistían a las escuelas, pero tenían a mamá... ¡la mejor maestra!, los talentos es-

condidos florecieron en medio del aislamiento dejando al descubierto fantásticas obras, los pajaritos se confabulaban para brindar el más dulce y armonioso concierto, los campos reverdecieron, los jardines se vistieron de colores inimaginables dejando ver el rostro más hermoso de la naturaleza, las arduas jornadas de trabajo que limitaban el estar en casa quedaron reducidas a compartir todo el tiempo con la familia, los abuelos se dedicaron a contar a sus nietos esas historias vividas a través de sus experiencias, en el hospital la vida se celebraba con más fervor.

Y finalmente sucedió lo inesperado... los habitantes empezaron a contagiarse de solidaridad, humildad, generosidad, empatía, apego y amor hacia el prójimo, comprendiendo así que la esencia de la vida está en las cosas más simples; donde lo material puede llegar a ser tan irrelevante, que en situaciones impensadas siempre prevalecerán la familia y la hermandad... Aún no saben qué era eso extraordinario que aquella noche silenciosa y fría les anunciaba... ya no quieren ni saberlo; pero son agradecidos con el misterio que jamás les fue revelado, consideran que les permitió convertirse en más humanos y mejores personas. Todavía recuerdan aquel suceso extraño que llegó a inquietarlos y por mucho tiempo se escuchó murmurar entre ellos... ¡y sucedió lo inesperado!

## Resistir es la ley del hombre

*Luis Gabriel Puerta Martínez*  
*ECSAH, Medellín - Colombia*

Juan se sienta junto a Andrés al atardecer, en la banca, cada día de la cuarentena decretada por el gobierno, debido a un tal virus mundial. Los viejos no hacen caso a ningún virus ni a ningún gobierno. Son tercetos. Piensan que nada va a pasar. Además, en un pueblo nadie molesta a dos viejos sentados en una banca.

Andrés, hombre de 74 años, piel morena, bozo delgado, camina siempre agachado, sombrío. Su esposa murió hace 3 años. Sus hijos, ni uno solo queda. Todos están haciendo sus vidas en otros lugares, cumpliendo con sus responsabilidades. Es un viejo que comparte sus historias, anécdotas, alegrías y tristezas con su amigo de toda la vida, sentado junto a él.

Juan, hombre sereno y pacífico, de 75 años, piel morena, tostada por el sol. Vive con una hija que lo cuida, debido a que está impedido para caminar, por el trabajo realizado durante su vida.

Sentados, hablan:

-Háblame, Juan, de resistir- Juan habló:

“Mi papá me enseñó a resistir por la educación, por la unidad, por la vida. Resistí por la educación, porque, al educarme, pude resistir a la violencia. Cuando tenía 11 años me querían hacer partícipe de grupos de violencia. No acepté, porque quien se educa, redime al pueblo, no lo daña con violencia, ni lo somete. Resisto a la violencia. Ser violento es perder. También la educación me enseñó a resistir a la injusticia. De joven, luché contra las injusticias que se cometen; salí a protestar por la justicia; hice pancartas; saqué discursos contra las injusticias sociales, económicas, religiosas, políticas. Luché por la justicia y la verdad. Cuando hubo injusticias, resistí.

Resistí por la unidad, cuando comprendí que ésta se debe conservar pase lo que pase. Que la unidad se debe mantener con Dios, consigo mismo, con los demás, con la naturaleza. Dividir es destruir. Unir es construir. Comprendí que la unidad hace más fuerte a una comunidad, a un pueblo, a una familia. Entendí que quebrantar la unidad es una debilidad. Tengo atadas a mi corazón y a mi mente las palabras de un amigo mío en referencia a la unidad: “cuida toda tu vida la unidad. Nunca la ataques. Nunca la pierdas. Camina en la unidad”.

Y ya ahora resisto por la vida. La vida la tengo como el don máspreciado que poseo. La cuidé; la viví; malgasté momentos, disfruté momentos. Ahora me encuentro aquí con usted, don Andrés, en esta banca hablando hace años de lo mismo, porque no recuerdo qué le he contado. Yo creo que siempre le digo lo mismo. No importa, mi amigo del alma, resista mis achaques de viejo”. Cuando Juan dijo esto, murió.

Juan resiste este relato, porque vive en el recuerdo de Andrés. Cuando alguien vive en el recuerdo, no muere jamás. Resistir es la ley del hombre.

Y Andrés espera a que algún viejo resista la vida para contarle la historia que nunca le contó a Juan.

# “Antes de que se cerrara la puerta”

*Maxinne María Carmona Marín*  
ECSAH, Santa Rosa del Cabal (Risaralda) - Colombia

El largo y ancho tubo atravesó su boca, pasó por su tráquea y llegó a los pulmones, donde se quedaría un tiempo para así llenarlos de aire y mantenerlo con vida. Victoria lo observaba a través del cristal; ella, completamente cubierta por materiales que evitarían la penetración del virus a su sistema; él, postrado en la camilla, casi hundido, inconsciente desde hacía dos días, a causa de un virus que se tomó el planeta y que había llegado a joderles la vida a ambos.

Juan era doctor en el hospital principal, Victoria la enfermera en jefe; hacía semanas que todo el personal se preparaba para la oleada de infectados que llegaron a las salas de urgencias, con escasos equipos y protección, pero con la vocación y pasión para hacer su deber y para lo cual eran necesitados en ese momento, salvar vidas.

Esa oleada aún no llegaba, pero la escasa, aunque constante fluidez de pacientes que arribaban al hospital, resultó ser el fin para Juan. Jamás habría imaginado ser quien se encontraría en una de esas camillas que a diario veía.

Una mañana Victoria se despertó de madrugada por la estrepitosa tos de Juan, no había fiebre, ni debilidad, ni dificultad para respirar, pero ambos lo presintieron.

Juan se marchó al hospital para que le hicieran los exámenes pertinentes y así aclararlo de una vez. Lo devolvieron con receta médica y recomendación de guardar reposo en casa. Él prefirió evitar el contacto con su familia y se quedó en la habitación de al lado, que habían acondicionado como oficina. Esa noche ninguno pudo dormir.

Victoria se despertó solo para ver que su marido se encontraba peor. Tenía fiebre alta, se sentía débil, le dolía el pecho y su respiración era cada vez peor. El aislamiento obligatorio y su hija de solo dos años impedían que Victoria pudiese llevarlo a urgencias. Nadie podía ir a recogerlo, ni siquiera una ambulancia. Así que Juan decidió ponerse en pie y, con las pocas fuerzas que le quedaban, conducir hasta el hospital.

Era muy peligroso incluso dar un abrazo, así que solo pudieron decir adiós desde lejos, un “las amo” fue lo último que se escuchó antes de que se cerrara la puerta.



Camino al hospital, Juan llamó a su papá para que le ayudara a estar despierto y consciente. Sentía perder los sentidos, pero su papá estaba al teléfono para ayudarle a recordar el camino. Llegó al hospital y dejó su carro en la entrada de urgencias, cruzó la puerta, fue atendido de inmediato y puesto en aislamiento total. Dos horas más tarde Juan había entrado en estado de coma.

Al día siguiente Victoria se dirigió hacia el hospital, ya todo era inútil, pero ella quería ver su rostro por última vez. Sin un abrazo, un beso o unas últimas palabras, fue como tuvo que despedirse de Juan. Victoria volvió a casa esa misma tarde con un grupo de enfermeros que harían la prueba del virus en ellas. Su hija estaba contagiada.

## Licencia para despertar

*Nubia Cecilia Prestán Pérez*  
*ECSAH, Turbo (Antioquia) – Colombia*

En cierto lugar del mundo hace más de 60 años los cerebros se fueron de vacaciones; con ellos viajaron la sensatez, la responsabilidad, el respeto, la solidaridad, la tolerancia, la honestidad, la libertad e incluso el amor.

Mientras esto ocurría, llegaron el poder, la ambición, la corrupción, la oligarquía política, la mentira, y tomaron posesión del Estado administrativo. Y la conciencia a nadie incomodó. Como era de esperarse, empezó a habitar la miseria acompañada del hambre; de allí, la violencia tomó valor, se vistió de diversas maneras y comenzó a vociferar que había espacio para ella. Entonces agarró almas y armas, voló a las montañas, se hospedó en ciudades, mutó en los pueblos, rodó por las calles y se camufló en cientos de hogares.

En ese ir y venir, algunos cerebros se quedaron dormidos, y otros que nunca duermen se encargaron de tomar decisiones, sacar cuentas, y entre sumas, multiplicaciones y divisiones no hubo restas incluídas.

Un día cualquiera, en un punto del mundo se escapó el rocío de una burbuja que era letal, se transportaba en los estornudos, las manos, el calzado y hasta en el cabello. Así llegó a muchos espacios; se supo su nombre, se vivieron sus consecuencias, pero su origen quedó en entredicho. La realidad es que acabó con millones de vidas; paradójicamente no disparó un misil, tampoco una bala, no liberó una esquirla, no derribó edificios, no quebró ni una sola pata, no robó una moneda. Lo único que hizo fue invadir silenciosamente a la

humanidad, sin distinción de estratos sociales, edades, ni economías, simplemente se alojó en lo más sensible de lo humano: su respiración.

Sin prevención alguna, en ese lugar del mundo donde los cerebros se fueron de vacaciones también brotó el rocío, dejando escueta la realidad de una sociedad explotada por la oligarquía. A su llegada, millones de cerebros se alarmaron, quienes pudieron se resguardaron, otros cumplían con el deber ante el caos; cientos trataron de llamar a la solidaridad, la unión, la esperanza, la tolerancia, la humildad, la alegría, la paciencia, la calma... para así poder espantar al llanto, al hambre, al dolor, al miedo y a la misma muerte.

Pero en ese lugar del mundo, con la llegada del rocío se encendió una luz de esperanza: brotaron recursos, surgieron maneras y existieron posibilidades para una población que desde siempre ha conocido la penumbra. Al parecer, quienes sumaban, multiplicaban y dividían volvieron a sentirse humanos. Floreció la sensibilidad desplazando al orgullo y el egoísmo. La educación colapsó, pero encontró alternativas para hacerse más fuerte; algunas empresas evolucionaron y la distancia se convirtió en verdadera aliada de la vida.

De hecho, los hogares volvieron a encontrarse y desencontrarse al mismo tiempo. No todo es perfecto, pero las familias descubrieron que hacía rato no se miraban, los amigos entendieron que aun sin abrazarse podían compartir. Y... las letras, las palabras, los puntos, las comas, las comillas, los guiones, las exclamaciones, las tildes, celebraron que en cada cerebro despierto podían habitar.

## Abismo hacia tu amor

*Sebastián Barrera Lobo*  
*ECBTI, Cumaral (Meta) - Colombia*

Ella carece de belleza porque Afrodita la despojó de esa virtud, se la quitó por celos, al ver que Rubiano no conseguía enamorarse de ella. Pero ni con eso consiguió apartarlos, Laura sabía que Afrodita estaba tras ellos y entre más trucos hacía para separarlos más ella se empeñaba en amar a Rubiano.

Afrodita desesperada lanza una rara enfermedad que obliga a que los seres humanos no puedan estar juntos, y exclama: ¡Para amar debes alejarte de tu amado! - ¡si lo quieres, aléjate de él, no te acerques, mantente a raya de ese hombre! - si él no me quiere, pues no podrá querer a nadie más.

A lo que Laura contesta – lanzaste esta pandemia a la humanidad solo porque tu capricho ha sido enfrentado, castigas a toda la humanidad. En nombre de nuestro amor te puedo decir: haz un abismo entre Rubiano y yo y te aseguro que buscaré la forma de estar con él.

Tal es así, que esta pandemia obligó a los seres humanos a estar apartados los unos de los otros y confinados. La mayor prueba de amor es alejarte de quien más amas.

Este castigo caprichoso era insoportable. La humanidad todos los días pedía que acabara, Zeus no podía intervenir puesto que Afrodita encontró la forma de dominarlo, ella quería ver como lograba doblegar la voluntad de Laura y Rubiano, lo que no sabía era que estos dos amados juraron estar juntos en el más allá, y así fue, ambos cuerpos se fundieron en uno solo, cuando hicieron el amor, la lujuria y la pasión se combinaron aun sabiendo las consecuencias de su acto, abrazaron la muerte con regocijo y vivieron juntos en el Hades, hasta el fin de los tiempos.

La belleza de Laura no radica en la forma de su cuerpo, sino en lo profundo de su espíritu y corazón, algo que Afrodita jamás comprendió.

## Y de pronto todo cambió

*Yuri Yoana Luna Muñoz*

*VISAE – ECEDU, Santander de Quilichao, (Cauca) - Colombia*

Y de pronto en nuestro mundo, en nuestro interior y exterior todo cambió, ventaja para algunos, infortunio para otros. Entre tantas transformaciones los días se han ido tornando iguales, desprovistos de la ilusión del tan anhelado fin de semana. Así los días pasan y como en sueño y como en cuento y como en novela y como en mundo infantil, la espera del regreso de esa normalidad se prolonga impredeciblemente.

Y de pronto aquel lugar de donde salíamos corriendo muchas veces, se convierte en el mejor espacio, el espacio más protector y enriquecedor, nuestro hábitat nuestro refugio. Aquello de lo que se adolece, se sanó y se perdió, lo que resultaba inaceptable e incomprendible en el recorrido de la escuela de la vida como la muerte, el olvido, el desamor, la vergüenza entre otros, se convierten en nuestra mejor lección y enseñanza.

Y de pronto aquel llanto de año tras año es el mejor recuerdo, porque en él se van y regresan los seres más queridos enseñándote a evocar alegrías y tristezas en un mar de emociones efímeras llenas de gratitud, entendiendo que la gratitud es la memoria más grata del corazón. Gratitud que te hace entender, que extrañar, añorar, equivocarse, reivindicarse y llorar, es de humanos y que son acciones que no te hacen menos si no más.

Y de pronto todo el invierno que había dentro de muchos se transformó en verano, la oscuridad en luz, el odio en amor, el caos en calma y las lágrimas en sonrisas o viceversa: recorriendo el grandioso camino del autodescubrimiento, empoderando nuestro ser, nuestro hacer y nuestro saber en un camino de luz, en un camino de paz, más allá de todo entendimiento.

Y de pronto ese camino de autodescubrimiento permite reconocer que nada nos fue dado, que todo es ganancia, que no hicimos nada para estar aquí, que lo tenemos todo. Que contamos con el regalo más valioso que es la vida: vida de la cual no se es consciente que perdemos cada noche al cerrar nuestros ojos para descansar y que nos es dada nuevamente al despertar en cada nuevo día. Vida reflejada en la naturaleza que nos rodea, en los árboles, plantas, mares, ríos, bosques, animales, aire, tierra y más.

Y de pronto quisieras despertar de un sueño -que no es un sueño- e ir olvidándolo como habitualmente lo hacemos con cada uno de nuestros sueños y de todas las lecciones que hemos recibido de nosotros mismos y del otro, para reinar nuevamente en el palacio de las nueve letras: la monotonía; creyendo que vivimos la gran vida, que disfrutamos de la vida, en medio de la ignorancia que nos limita y nos da libertad a conveniencia y nos conlleva siempre a buscar afuera, aquello que no sea perdido y que se lleva adentro.

Y de pronto finalmente nos cuestionamos el para qué volver a lo mismo, si la gente no cambia, si nada será igual si no se está dispuesto a desaprender para aprender.

# La ausencia traspasa cualquier tapabocas

*Vhendi Peña*

Repentinamente la vida se transformó en encierro total, repentinamente los pensamientos constantes que nos acompañaban en la cotidianidad ahora solo rebotan por las mismas cuatro paredes, sin ninguna pausa o salvación, sin oportunidad de revivir la sensación libre al caminar por aquellas calles dueñas de recuerdos, esos que se quedaron en baúles empapados de nostalgia antes de que el tiempo se detuviera y nos obligara a mirar hacia dentro de nuestra propia alma y cuerpo, cuando el reencuentro de las historias dolorosas de quienes pierden para siempre a un familiar nos golpea como nunca antes. Los pensamientos no silencian la fragilidad del ser humano. Y si, en esta pausa repentina de la vida muchos no pueden sentarse y ver el tiempo pasar, en esta pausa miles de cuerpos y seres no pueden dejar de luchar y se ven obligados a “vivir “aun cuando la pobreza y el hambre no son vida, pero el riesgo de nunca regresar y enfermarse debe guardarse bajo la almohada y es que al final la ausencia traspasa cualquier tapabocas.



*El último respiro para atravesar la tela antes de empezar el pasar de las horas, antes de salir a la gran ciudad. Un respiro que te hace sentir libre, sin agitación, sin prisas, solo dejándote ser porqué al cruzar la puerta todo cambiará.*



*Cada día al despertar veo a Patrick reposado en las ventanas, observando detenidamente las calles y el inmenso cielo, siempre en silencio. Después de un rato me mira y pregunta ¿Tía por qué no podemos salir a jugar?*



*Entre tanta soledad Pomponio se encuentra igual que todos nosotros, recostado, sintiendo el pasar del tiempo, de las horas, viendo cómo se deshacen una tras otra como las luciérnagas. Para él el tiempo importa poco, para mí se mide en eternidades.*



*Algunas tardes pienso cuánto puedes aprender del amor; cuando este se conserva aún más allá de la distancia, cuando las visitas, los besos, los abrazos y la voz se convirtieron en una videollamada que me hace sentir tan cerca y a la vez tan lejos de ti. Y ahí logro entender lo que el amor en verdad puede resistir.*



*Al salir de mi hogar me encuentro en cada calle, en cada metal y cristal el grito desgarrador del miedo, uno que amenaza y a la vez promete. Pero mientras quien nos conduce está aislado, más allá de estas cadenas y de tantas puertas todos estamos expuestos y es que la rutina nos ata más que cualquier cadena.*



*Termino de leer los libros que alguna vez deje a medias, esos que iban de a pedazos cada cierto mes y es que los días no paran de correr, y entre todos estos días algunos logran sofocarme, tanto que me agota la rutina de releer el libro que me hace sentir menos sola.*





*Se termina el día y se me terminan las excusas para dejar de pensar, los pensamientos vuelven a rebotar entre mis cuatro paredes. Al salir y escuchar el mundo girando alrededor mío puedo escapar de mí, pero no de la imagen solitaria y desolada de cada ser humano que vi e imaginé.*

# Sin Título

*Valenitna García*









